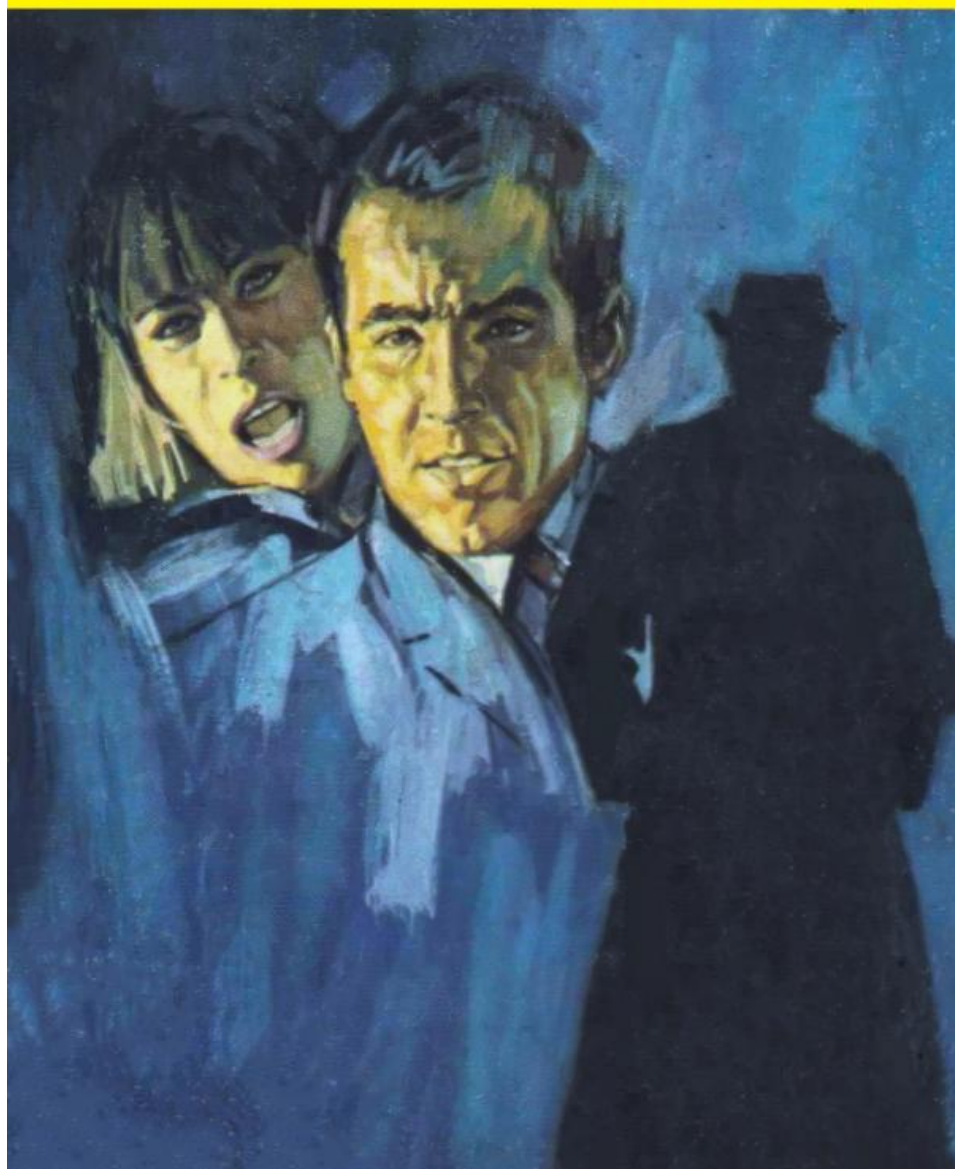




un muerto de ida y vuelta

clark carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

UN MUERTO DE IDA Y VUELTA

Colección PUNTO ROJO n.º 368

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 11.316 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1969

© CLARK CARRADOS - 1969
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.094. — El último obstáculo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

973. — El fiscal y la ladrona.

En Colección BUFALO:

810. — El hombre del brazo largo.

En Colección CALIFORNIA:

597. — Escuadrón de fantasmas.

En Colección COLORADO:

538. — El orgullo del diablo.

En Colección KANSAS:

427. — El orgullo y la furia.

En Colección BRAVO OESTE:

373. — La marca borrada.

En Colección PUNTO ROJO:

363. — La chica de las manos de hada.

En Colección SALVAJE TEXAS:

533. — La sed del infierno.

En Colección ASES DEL OESTE:

453. — Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

70. — Escuela de asesinos.

CAPÍTULO PRIMERO

Los tres hombres se apearon del coche y contemplaron con cierta aprensión la casa que se destacaba casi en negro, contra el fondo enrojecido del crepúsculo.

Era un edificio abandonado, construido en el último cuarto del siglo anterior, de acuerdo con los cánones de la época: techo muy inclinado, de pizarra, altas chimeneas, planta y piso, con una pequeña pero historiada marquesina que protegía la entrada principal, situada a cuatro peldaños sobre el suelo.

El jardín estaba abandonado y las malezas crecían libremente, borrando casi por completo el sendero central. Un gran roble movía sus ramas desnudas, que rozaban casi la fachada occidental de la casa. El árbol estaba muerto desde hacía algunos años.

La valla de madera que rodeaba el jardín faltaba en muchos trechos. En otros, aparecía caída, podridos sus elementos por el paso de los tiempos. En el piso superior, una muchacha contemplaba aprensivamente a los tres individuos, oculta detrás de los visillos agujereados y roídos por la polilla.

—Esto no me gusta —dijo uno de los sujetos, llamado Augie Furns—. Parece una casa de película de miedo.

—Lo que da miedo es lo que yo guardo aquí —dijo «Bang» Bettle, tocándose el lado izquierdo del pecho, donde descansaba una pistola automática de gran calibre—. Se aprieta al gatillo y... ¡bang! se acabó el miedo.

«¡Bang!» era la exclamación favorita del sujeto. Se le había quedado más que apodo, como nombre. No había quien le llamase de otro modo.

—De todas formas, impresiona —gruñó Muck Seydl, apodado «El Pezuñas» por la desmesurada extensión de sus pies, que necesitaban zapatos especialmente fabricados a su medida.

—Bueno, ¿y qué? —rezongó Bang—. El jefe nos ha enviado, ¿no? ¿Le obedecemos o nos rajamos?

Ninguno de los tres individuos quiso pasar por cobarde. Seydl fue el primero en dar un paso al frente.

La gravilla crujió bajo sus zapatones. Sintiéndose repentinamente animado, aceleró la marcha. De pronto tropezó y cayó cuán largo era.

Una obscena imprecación se escapó de sus labios. Retorciéndose, se sentó en el suelo y contempló el hilo de acero que atravesaba la senda de lado a lado, sujeto a las ramas bajas de dos arbustos.

—Me gustaría saber quién es el bromista para hacerle comer el cable como si fueran *spaghetti* —masculló, a la vez que se ponía en pie.

—Sus dos compañeros reían a mandíbula batiente. Seydl se agachó y arrancó el alambre de un tirón.

—Vamos —rezongó malhumoradamente.

—Deja, yo iré primero ahora —se ofreció Bang, generosamente:

La casa estaba a veinte metros. Bang caminó con paso resuelto, la mano derecha muy cerca de la culata de su pistola.

De pronto sintió que el suelo cedía bajo su pie izquierdo. Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, una tabla, hábilmente oculta bajo una ligera tapa de tierra, se elevó con fuerza y le golpeó en pleno rostro.

Un rugido de dolor se escapó de los labios de Bang, cuyas manos se elevaron inmediatamente hasta la nariz. La tabla volvió a su sitio al retirar el pie.

Augie Furns dejó de reír.

—Esto pasa ya de la raya —dijo.

Y sacó la pistola.

Ahora iba él en cabeza. Tanteó los peldaños de madera que daban a la marquesina y subió lentamente.

Una ventana se cerró de pronto, con seco estampido. Seydl pegó un bote.

—¿Hay fantasmas en esta maldita casa? —gruñó, a la vez que sacaba la pistola.

Furns tanteó la puerta.

—¡Está abierta! —exclamó.

Y cruzó el umbral.

Una espesa lluvia de color blanco cayó de lo alto apenas había dado un paso en el vestíbulo. El cubo que había contenido la pintura se le encasquetó en la cabeza con seco golpe. Furns soltó la pistola y gritó ininteligiblemente, mientras forcejeaba por sacarse el cubo de la cabeza.

—¡Ayudadme, condenados! —bramó, espurreando pintura blanca por los labios.

Bang retrocedió un paso. Era muy cuidadoso con su ropa y no quería mancharse.

—Toma mi pañuelo —dijo Seydl.

Furns consiguió al fin limpiarse la cara. Su traje estaba hecho una lástima. El olor a pintura era inaguantable.

Casi se echó a llorar.

—Pero ¿qué les he hecho yo? —dijo álgidamente.

—Vamos, camina —ordenó Bang—. Ya te limpiarás en casa. Si volvemos con las manos vacías, el jefe nos despellejará.

Furns dio un paso hacia adelante. De pronto resbaló en la pintura y cayó sentado al suelo. Un aullido de rabia se escapó de su boca.

—Como agarre al bromista...

El vestíbulo estaba casi totalmente a oscuras. Bang señaló hacia la

escalera que conducía al piso superior.

—Por allí —dijo.

Avanzó paso a paso. Puso el pie en el primer peldaño y apoyó su mano en la barandilla de madera, con pilastras torneadas.

Dio otro paso. De pronto, la barandilla entera cedió y cayó a un lado con tremendo estrépito.

Bang soltó un alarido de pavor.

—¡La casa está embrujada!

—¡Idiota! —le apostrofó Seydl—. Solo se trata de algún bromista...
Deja, yo iré en primer lugar.

Acometió la escalera con ímpetu. De repente se oyó un ruido extraño en el rellano del piso superior.

Seydl levantó la cabeza. Una expresión de horror apareció en su cara.

Rodando y saltando atronadoramente, un enorme barril descendía a toda velocidad hacia él. Seydl dio media vuelta e intentó huir, pero el barril le alcanzó de repente en la espalda y lo derribó con tremendo golpazo.

Bang y Furns contemplaban la escena como hipnotizados. El barril, al estrellarse contra el suelo del vestíbulo, se deshizo en astillas. Tres o cuatro calaveras rodaron por el suelo.

Pese a su descomunal corpulencia, Seydl chillaba como un niño de pocos años. Bang y el otro estaban realmente amedrentados.

Entonces, una voz que parecía provenir de ultratumba, se dejó oír en lo alto de la escalera.

—¡No profanéis mi morada! ¡Esta es mi mansión y el que la profane morirá horriblemente! ¡Yo estoy muerto, pero saldré de mi tumba para echaros de mi casa! ¡Fuera de aquí! ¡Fueraaa...! ¡Fueraaaa...!

Un terror invencible acometió al trío. Seydl estaba todavía en el suelo, con las espaldas molidas a causa del golpazo del barril, pero no fue el último en emprender la huida.

Atropellándose, cayéndose, levantándose, locos de pánico, en fin, los tres individuos huyeron de la casa. Minutos más tarde, el automóvil que les había traído hasta allí, no era más que dos puntitos de luz roja que se empequeñecían rápidamente.

Entonces, la muchacha que estaba en el piso alto, abandonó su escondite, descendió por una escalera lateral a la planta baja, salió al jardín abandonado por una puerta trasera y echó a correr. Cualquiera que la hubiera visto, habría apreciado en su cara una expresión de miedo insuperable.

* * *

Toby Dealer se levantó del sillón en donde estaba cómodamente reclinado, agarró el atizador y arregló un poco el fuego de la chimenea.

Hizo presión en el suelo con el pie izquierdo; todavía lo tenía resentido. Aún debería usar el bastón durante un par de semanas más.

«Stim», el hermoso perro lobo propiedad de Dealer, dormitaba a sus pies, sobre una cálida piel de oso. Dealer se preparó una dosis de *whisky*, encendió la pipa y volvió a sentarse, reanudando la lectura allí donde la había interrumpido.

Fuera, la lluvia caía mansamente. El invierno no se decidía a dejar paso franco a la primavera. Dentro de la casa, la temperatura era sumamente agradable.

Pasaron algunos minutos. De pronto, «Stim» enderezó las orejas y abrió los ojos. Un sordo gruñido se escapó de sus fauces.

Dealer se quitó la pipa de los labios.

—¿Qué te pasa, «Stim»? ¿Por qué gruñes?

El lobo se incorporó parcialmente, a la vez que miraba hacia la puerta.

—Viene alguien —dedujo Dealer a media voz.

Casi en el acto, sonó el timbre. «Stim» se puso por completo en pie y agitó la cola con rápidos movimientos.

Dealer se puso en pie y tomó su bastón.

—Calma, «Stim», no te excites —murmuró.

Seguido del perro, cruzó el salón y llegó a la puerta. Soltó el pasador y la abrió.

Una figura femenina apareció en el acto ante sus ojos. El pelo, claro, estaba pegado a sus sienes a causa de la lluvia que lo había empapado. El resto del cuerpo, sin embargo, estaba protegido por un impermeable de color azul.

Los ojos de Dealer se abrieron desmesuradamente al reconocer a su inesperada visitante.

—¡Jane! ¡Jane Potts! —exclamó, atónito.

—La misma —confirmó ella, sonriendo tristemente—. ¿Puedo pasar, Toby?

Dealer se echó a un lado.

—¡Naturalmente que sí, Jane! No temas, «Stim» es manso... menos cuando yo le ordeno abandonar su masedumbre. ¡A la alfombra, «Stim»!

El lobo agitó la cola, dio media vuelta y obedeció en el acto. Jane volvió a sonreír.

—Siento molestarte, Toby —dijo—, pero es que...

—Hablarás luego —la interrumpió Dealer—. Permíteme.

Jane dejó que el hombre le quitara el impermeable, que fue a parar en el acto a una silla. La joven quedó con un vestido de color gris, cerrado de cuello y mangas, que moldeaba reveladoramente las armónicas líneas de una silueta de proporciones clásicas.

Pero su aspecto, con el pelo empapado y su triste sonrisa, ofrecía cierto patetismo, que no escapó a los sagaces ojos de Toby Dealer.

—A ti te ocurre algo, Jane —dijo.

—Sí, en efecto; y he venido a verte para...

Dealer afirmó la pipa entre los dientes y la tomó por el brazo.

—Creo que has estado en la casa alguna vez. Ve primero al cuarto de baño; cuando te hayas secado, vuelve y hablaremos.

—Gracias, Toby; sabía que no haría el viaje en balde —contestó ella.

—Te prepararé algo de beber mientras tanto —dijo Dealer, mientras Jane cruzaba el salón. Luego, meneando la cabeza, dijo a media voz—: Jane Potts aquí, en mi casa. ¿Quién lo iba a decir?

La chica volvió minutos más tarde. Se había recogido el pelo con un trozo de cinta y su cara presentaba un aspecto algo más favorable. Dealer le entregó un vaso mediado.

Jane contempló el bastón.

—Todavía te resientes, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, fue una caída un poco dura —contestó él, sonriendo. Era un hombre joven, de unos veintinueve años, de pelo negro y ojos oscuros; quizá no demasiado alto, pero fuerte y apuesto.

—¿Caída? —dudó Jane—. ¿No fue otra cosa, Toby?

Dealer la indicó un sillón con la contera del bastón.

—Gajes del oficio —dijo evasivamente—. Siéntate, por favor.

Ella accedió. Tomó un sorbo de licor y dijo:

—Has estado mucho tiempo fuera, Toby.

—Sí, unos cuatro años —reconoció él.

—Sabía algo de ti por tus padres. Me dijeron que estabas en el Servicio Exterior.

Dealer sonrió.

—Sí, eso es. Ahora estoy disfrutando de unas vacaciones. Mis padres se han ido fuera y me han dejado solo en la casa, una vez que puedo arreglármelas yo solo. Bueno, con la ayuda de la inapreciable señora Billings, que viene a hacerme la limpieza todos los días. Y tú, ¿qué ha sido de tu vida todo este tiempo, Jane?

—Fui a Nueva York y me gradué en el Rockefeller Center. Estuve dos años haciendo prácticas y luego me contraté como enfermera con *sir* Basil Madden.

—Ah, sí, aquel inglés chiflado que vivía en la casa solitaria de Baldy Hill.

—En efecto, Toby.

—¿Qué ha sido de *sir* Basil, Jane?

—Murió hace unos seis meses. Yo me quedé sin empleo, aunque no me apuré mucho por el momento. Tenía mis ahorrillos y, además, *sir* Basil me dejó en su testamento cinco mil dólares.

—No se portó tan mal, en medio de todo. ¿Sigues viviendo en Bear Springs?

—¿Adónde podía ir? —contestó ella—. Tú sabes que me quedé huérfana muy joven y, salvo los dos años de mis estudios en Nueva York, puede decirse que no conozco otra población del país. Además, mis padres me dejaron una casita que aún mantengo...

—Sí, desde luego —aprobó Dealer—. Pero ¿no habrías podido emplearte en la ciudad? Hay varios médicos, algunos de ellos muy buenos, Jane.

—Tienen cubierta la plantilla de personal auxiliar y, además, no me corría demasiada prisa —explicó la muchacha.

—Comprendo. Pero estás en un apuro, Jane; de lo contrario, no habrías venido a verme a estas horas y con semejante tiempo. Lástima, se anunciaba hoy un día magnífico y ha vuelto a estropearse a última hora... ¿Verdad que estás en un apuro?

—Sí, Toby; y creo que tú eres el único que puede ayudarme —respondió Jane.

CAPÍTULO II

Un tronco se partió en la chimenea con seco chasquido y miríadas de chispas subieron a lo alto. Dealer recargó su pipa.

—Bien, ¿de qué se trata, Jane? —preguntó.

—Tú conociste un poco a *sir* Basil y sabías también de sus excentricidades —dijo ella.

—Por supuesto. A pesar de todo era un tipo simpático. ¿Es que te han impugnado el testamento?

—No, no se trata de eso, sino de la casa de Baldy Hill. Allí hay algo muy valioso escondido. No sé qué es, pero estoy seguro de que... lo que sea, está en la casa.

Dealer levantó las cejas.

—*Sir* Basil era rico, aunque no para esconder tesoros fabulosos —alegó.

—Lo sé. Pero como has dicho antes era un verdadero excéntrico. ¿Sabes lo que me pasó hace algunos días?

Antes de que él pudiera decir nada, Jane se levantó y fue hacia su bolso que tenía sobre una silla cerca de la entrada. Lo abrió y sacó una carta, con la que regresó junto al fuego nuevamente.

—Toma —dijo—; la recibí hace cuarenta y ocho horas justas.

Dealer se fijó primeramente en el matasellos. La carta había sido echada al correo en Bear Springs tres días antes. La dirección de Jane estaba escrita a mano.

Dentro del sobre había una cuartilla. La sacó y, después de desplegarla, leyó:

«Pasado mañana, a las cinco en punto de la tarde, procure estar en la habitación púrpura de la casa de Baldy Hill. Sitúese junto a la ventana y observe, procurando no ser vista. ¡No deje de acudir!».

Dealer se quedó atónito.

—Pero, Jane, ¿qué significa esto? —exclamó.

—Eso es lo que a mí me gustaría saber también —contestó ella.

—¿Hiciste lo que te aconsejaba el desconocido? Digo desconocido, porque la carta va sin firma...

Jane movió la cabeza.

—No es un desconocido, aunque luego te diré por qué —contestó—. Sí, Toby, estuve allí, precisamente en el cuarto púrpura. El empapelado es de ese color, aunque con el paso del tiempo ha perdido fuerza...

—Bien, bien, sigue. ¿Qué viste desde la ventana?

—Lo más extraño que puedas figurarte, Toby. Escucha.

Jane habló durante algunos minutos. Al finalizar, Dealer reía con fuerza, pese al asombro que sentía.

—¿Y tú no caíste en la trampa?

—No, porque fui a la casa por el otro lado de la colina. Me cae más cerca de mi residencia, ¿comprendes? Entré por la puerta posterior y subí por la escalera de servicio.

—Desde luego. ¿Y eso fue todo?

—Nada más, Toby. Aquellos tipos huyeron aterrorizados. Yo también sentía mucho miedo. Parecían forajidos... y lo eran, porque todos tenían pistolas.

—¿Intentaron algo contra ti?

—No, ni siquiera me vieron. Pero cuando sonó la voz...

—Algún bromista —apuntó Dealer.

—Sí, desde luego. Pero ¿quién, Toby?

—¿Estuviste todo el tiempo en el cuarto púrpura?

—Sí.

—¿Y no viste a nadie, sino a los pistoleros?

—A nadie, Toby.

—Quizá quisieron gastarte a ti también una broma, Jane.

—*Sir* Basil era un bromista incorregible, pero ¿es que puede seguir gastando bromas después de muerto, Toby?

Dealer se la quedó mirando de hito en hito.

—¿Qué quieres decir, Jane? —exclamó.

—¿Por qué crees que he venido a pedirte ayuda? La voz de ultratumba que sonó, terminando de asustar a los bandidos, era la de *sir* Basil.

—Una cinta grabada... hay imitadores de voces que lo hacen maravillosamente...

Jane señaló la carta.

—Toby, la letra de esa carta es de *sir* Basil —dijo dramáticamente.

Hubo una corta pausa de silencio, durante la cual solo se oyó el crepitar de los troncos en la chimenea y el manso batir de la lluvia en el exterior.

Dealer miraba fijamente a la muchacha. Jane meneó la cabeza.

—No, no estoy loca —dijo—. Conozco perfectamente la letra de *sir* Basil y sé lo que me digo, Toby.

—Una falsificación —apuntó él.

—Pero ¿qué objeto tendría en tal caso? ¿Quién es el bromista? ¿Por qué me hizo ir a la casa de Baldy Hill?

Dealer movió la cuartilla como si se abanicase.

—Los pistoleros no irían si alguien no les hubiese avisado... o se lo hubieran ordenado —dijo.

—Eso creo yo —convino la muchacha—. Pero lo que más me preocupa es lo de la letra de la carta. Toby, yo asistí personalmente al entierro de sir Basil... y vi su cadáver y vi también cerrar su ataúd.

—Lo cual confirma mi suposición: la carta es una falsificación, en lo referente a la letra, por descontado.

—¿Y la voz? Has dicho que puede ser una cinta grabada, pero ¿por quién? ¿Con qué objeto, Toby?

Dealer reflexionó unos momentos.

—Mira, Jane —dijo al cabo—, es ya tarde, llueve mucho y ya no podemos hacer nada. Déjame la carta; yo tengo en la ciudad un amigo, perito calígrafo, y él nos dirá si la letra es auténtica o falsificada. Esto, en primer lugar. Luego iremos a explorar la casa de Baldy Hill... aunque entrando por la puerta trasera, claro. Después... bien, no sé qué haremos, aunque puedes contar que te ayudaré.

Jane sonrió.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Toby. Realmente, no sabía a quién acudir...

Se puso en pie.

—¿Te vas a ir? —preguntó Dealer.

—Claro. Ya te he molestado bastante.

—Tu casa está bastante lejos y la noche no es precisamente apacible. Si no tienes miedo de un empedernido solterón, puedes quedarte en el cuarto de los huéspedes.

Jane sonrió.

—Tú eres un caballero, Toby —elogió—. Nunca cometerías una acción inconveniente.

—Oh, es que no me conoces bien, Jane. Si yo estuviera en tu lugar, no aceptaría la invitación... En serio, quédate en casa. «Stim» y yo te protegeremos.

Jane se arrodilló y acarició con una mano la enorme cabeza del lobo.

—Nunca te había sabido aficionado a los animales —dijo.

—Lo encontré cuando regresé para tomarme mis vacaciones —contestó él—. «Stim» me ha tomado mucho cariño.

El perro gruñó suavemente. Jane preguntó:

—Toby, de verdad, ¿qué te pasó en la pierna?

—Tuve una discusión con un alemán oriental. El tipo sentía deseos de probar su pistola en mi pierna. Lo consiguió.

—¿Y tú no le hiciste nada?

—Al día siguiente le envié una corona de flores. Desde el Berlín occidental, por supuesto.

Los ojos de la muchacha se oscurecieron.

—Tienes una profesión muy arriesgada, Toby —observó.

—Sí —admitió él llanamente—. Por eso estoy pensando en dejarla.

—¿Qué harías en tal caso?

—Como soy demasiado joven para escribir mis memorias, me dedicaré a refrescar mis conocimientos de leyes y pondré un bufete de abogado. Pero aún no he decidido nada sobre el particular.

—Siempre fuiste un tipo amante de las aventuras, Toby.

—Sí, pero el otro lado de las aventuras resulta demasiado feo. No siempre se pueden contar, ¿comprendes?

—Desde luego, Toby. Harás bien si dejas el oficio.

Dealer se puso en pie.

—Voy a poner la cena a calentar —dijo—. ¿Quieres ayudarme?

—Con mucho gusto, pero deja que sea yo quien lo haga. Tú quédate aquí y espera a que tenga la mesa lista. Ya te avisaré entonces.

—Como quieras, Jane.

Dealer se repantigó de nuevo en el sillón. Cargó la pipa y relejó la carta.

Realmente, la broma de *sir* Basil había ido demasiado lejos aquella vez.

—¿Acaso se llevó papel y pluma a la tumba? —murmuró.

* * *

Había terminado de anudarse el nudo de la corbata, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Dealer recogió el bastón y salió del cuarto de baño. Arriba oyó una puerta.

—¡No te molestes, Jane; es la señora Billings! Tómame todo el tiempo que quieras para arreglarte.

«Stim» enderezó de pronto las orejas. Dealer frunció el ceño. Eso no lo hacía cuando la que llamaba era la mujer de la limpieza.

—Échate, «Stim».

Pero el perro no obedeció y quedó tieso, meneando rítmicamente la cola y con la boca entreabierta.

Dealer se sintió preocupado. Cruzó el salón y miró a través de los visillos que cubrían la ventana contigua a la puerta de entrada.

Había dos individuos aguardando en el pequeño descansillo de la parte exterior de la entrada. Parado en la acera, a unos veinte metros de distancia, había un automóvil, tras cuyo volante se sentaba un tercer individuo en actitud de esperar a los dos anteriores.

Dealer no los había visto nunca, pero su aspecto no le gustó. Sin embargo, confiaba en sí mismo... y también en «Stim».

—Quieto, «Stim» —ordenó. Y abrió la puerta.

—Hola —dijo Bang.

—Buenos días —contestó Dealer amablemente—. ¿En qué puedo servirles?

—Tenemos noticias de que usted es muy amigo de una chica llamada

Jane Potts —manifestó Muck «El Pezuñas».

—¿Y...? —dijo el dueño de la casa.

—Simplemente, queríamos que usted nos dijera dónde se encuentra en la actualidad esa chica —declaró Bang.

—Lo ignoro. Siento no poder darles los informes que me piden, pero es así —contestó Dealer rápidamente, rogando para que a Jane no se le ocurriese bajar en aquel momento del piso alto.

—¿De veras no la ha visto? —preguntó Seydl.

—Les repito que...

—¡Toby! —sonó de pronto la muchacha en lo alto de la escalera—. ¡Ya estoy lista!

Dealer se pasó la mano izquierda por la cara. La derecha estaba sobre la bola de marfil de su bastón.

—De modo que no ha visto a la chica —dijo Bang con sorna.

—Debe de ser muy miope —rio Seydl—. A una mujer tan bonita yo la vería en el mismo instante, aunque estuviese entre un millón de personas.

—Bien —dijo Dealer—, el caso es que no me convenía que ustedes supieran que está aquí, eso es todo. ¡Jane, retírate!

Jane, en el rellano superior, veía a los dos forajidos, a quienes conocía visualmente de la víspera. No se demoró mucho en acatar la orden de su amigo.

—Espere un momento —pidió Bang.

—¿Sí? —dijo Dealer cortésmente.

—Hemos venido para llevarnos a...

—¿Son ustedes oficiales de la justicia? ¿Traen algún mandamiento judicial en regla?

Bang y «El Pezuñas» cambiaron una irónica mirada.

—Mandamiento judicial —dijo el primero.

—Oficiales de justicia —exclamó el segundo.

—Este tipo es un bromista.

—Los hay con ganas de hacer reír.

Seydl estiró la mano derecha.

—No vamos a hacer ningún daño a la chica, pero nos la llevaremos ahora mismo, tanto si le gusta como si no —dijo en tono ya menos amable.

Dealer retrocedió un paso.

—No lo intente —advirtió secamente.

Seydl se echó a reír.

—¿Qué te parece, Bang? —preguntó.

—Es cosa tuya, Muck —respondió el aludido, apoyándose placenteramente en el marco de la puerta.

De nuevo estiró Seydl la mano derecha, ahora para agarrar a Dealer y apartarlo a un lado. Era un hombretón enorme y confiaba en su fuerza física.

El bastón de Dealer se movió velozmente, golpeando los nudillos del rufián. Seydl lanzó un gruñido de dolor.

Bang se quedó sorprendido un instante. Sin tener tiempo para reaccionar, vio que el dueño de la casa empuñaba el bastón con aire resuelto y, usándolo a modo de estoque, se tiraba a fondo contra el estómago de su compañero.

Seydl se quedó sin aire en los pulmones. Agarrándose el estómago con ambas manos, se curvó hacia adelante.

Dealer lanzó el bastón al aire y lo recogió por la contera. Luego lo movió de arriba a abajo y el puño de marfil chocó contra la nuca de «El Pezuñas».

Se oyó un seco chasquido. Seydl estiró las piernas y se golpeó las narices contra el suelo, en donde quedó inmóvil.

La mano de Bang fue rápida al interior de su chaqueta. Dealer le apuntó con la bola de marfil, a la vez que daba un paso lateral.

—¡No lo haga! —dijo con voz vibrante—. En el momento en que saque el arma, mi perro le saltará a la garganta. ¿«Stim»?

El lobo se irguió, enseñando sus fauces. Un sordo gruñido se escapó de su garganta. El pelo, sobre todo en la parte del cuello y lomo, estaba erizado.

Bang cobró miedo.

—¡Diablos! ¡No irá a echarme esa fiera encima! —dijo.

Seydl empezaba a rebullir. Dealer no le había golpeado sino lo justo para atontarle unos instantes.

—Llévese a su compañero —dijo—. Y no vuelvan a intentar nada contra la señorita Potts o les costará mucho más caro de lo que creen.

Seydl se levantó torpemente, frotándose la nuca dolorida. Dealer metió la contera del bastón en el sombrero caído en el suelo y se lo presentó a su dueño.

—Buenos días, caballeros —dijo fríamente.

Bang se había rehecho ya.

—Creo que volveremos a vernos, señor Dealer —dijo significativamente.

—En su lugar, yo procuraría olvidar esta casa para siempre. Y a la señorita Potts, por supuesto —contestó el joven sin imputarse.

CAPÍTULO III

Dealer permaneció todavía en el umbral durante algunos minutos. La voz de Jane sonó aprensivamente a sus espaldas.

—¿Se han ido ya, Toby? —preguntó.

—Sí. No te preocupes más por ellos, Jane.

—Venían a buscarme. ¿Por qué?

—No lo sé, pero puede que esté relacionado con la carta de *sir* Basil.

—Son los mismos que estuvieron ayer en la casa de Baldy Hill, Toby.

Dealer meneó la cabeza.

—A mí me da la sensación de que son unos asalariados. No actúan por sí mismos, sino a las órdenes de otros. Lo que pasa es que no sé quién es su jefe.

Jane se mordió los labios.

—¡Ya está! —dijo de pronto, tras haber reflexionado unos momentos—. Ahora lo recuerdo... bueno, quiero decir que me ha vuelto a la memoria, Toby.

—¿Sí? ¿Qué es, Jane? —preguntó Dealer interesadamente.

—Fue hace unos meses. Ese tipo, el más alto, fue detenido acusado de golpear a un hombre. Debió de darle una paliza bestial, porque el pobre tipo fue a parar al hospital con algunas costillas rotas. El periódico mencionaba el nombre de ese hombre alto y traía su fotografía, diciendo que estaba a sueldo de un rufián llamado Phil Gargane.

—¿Quién es Gargane? —quiso saber Dealer.

—Lo ignoro —contestó la muchacha—. Pero después de haber visto a esos tipos puedes figurarte que debe de ser todo menos buena persona.

—No me extrañaría en absoluto. Pero ¿por qué te mezclan a ti en sus poco limpios asuntos?

Jane suspiró.

—También a mí me gustaría saberlo, Toby —contestó.

Dealer meditó un momento. Luego, de pronto, dijo:

—Mira, lo primero que vamos a hacer es entregar la carta a mi amigo el perito calígrafo. Hace trabajos para la policía, ¿sabes?

—Sí, Toby.

—Después... iremos a ver al abogado que realizó la testamentaria de *sir* Basil. ¿Quién es, Jane?

—Wilkes, Thomas Jeffries.

—¡Le conozco! —exclamó Dealer—. Hubo un tiempo en que tuvimos bastante amistad. Luego dejamos de relacionarnos... pero creo que ya es hora de que refresquemos esa amistad. ¿Vamos, Jane?

—Te aseguro —dijo Wilkes, el abogado—, que el testamento de *sir* Basil estaba perfectamente en regla. No hay nada que impugnar.

—No tratamos de impugnarlo, Tom —dijo Dealer—. Lo único que queremos saber es si hay en él alguna cláusula extraña, alguna disposición rara y poco común que nos permita orientarnos.

—¿Orientarte, Toby? ¿En qué? —dijo el abogado, intrigado.

Dealer suspiró.

—También a mí me gustaría saberlo —contestó—. Bueno, ¿qué decía el testamento?

—Lo normal, Toby; la mayoría de su fortuna, que era menos de lo que parecía, iba a parar a su familia de Inglaterra, excepto algunas pequeñas donaciones, una de las cuales recibió la señorita Potts, como premio a la abnegación que había mostrado a *sir* Basil durante sus últimos dos años de vida.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Y la casa?

—También quedó en propiedad de los familiares de Inglaterra, pero resulta que estos quieren el dinero, no la casa.

—¿Y...?

Wilkes meneó la cabeza.

—Es un elefante blanco, Toby —contestó—. Nadie la quiere.

—Los terrenos... —sugirió Dealer.

—La casa está situada en un lugar poco o nada transitado, lejos de la autopista y, además, la colina que le da el nombre y que forma parte de la propiedad, está casi completamente pelada, con muy pocos árboles. El panorama no es demasiado atractivo y aunque doy casa y terrenos baratos, no me ha surgido comprador hasta ahora.

—Pero sí hay personas que tienen interés en la casa de Baldy Hill —dijo Dealer.

—¿Quiénes son?

—Phil Gargane... y sus muchachos.

El abogado se puso serio.

—¿Gargane has dicho, Toby?

—Sí —confirmó el joven—. ¿Qué pasa con ese tipo?

Wilkes meneó la cabeza.

—No te metas con él. Tiene muy malas pulgas —contestó.

—A buena hora me lo dices, después de que he tenido un choque con dos de sus rufianes —gruñó Dealer—. ¿Qué hace? ¿Es el cabecilla de alguna banda?

—Justamente —respondió el abogado—. Y no te digo que tiene en un puño a la ciudad, porque emplea los dos... pero no hay negocio de envergadura que no se realice sin su intervención. Mal enemigo, Toby, te

lo repito.

—Bueno, eso habría que verlo —dijo el joven sin inmutarse, pero tampoco con fanfarronería—. Parece que tiene interés por la casa de Baldy Hill. ¿Por qué no la compra en tal caso?

—¿Qué necesidad tiene de gastarse unos miles de dólares, si puede obtener lo que hay allí... solo con enviar a alguno de sus esbirros? ¿No dices que es eso lo que hizo ayer?

—Sí, claro, pero... dime, Tom, ¿qué hay en la casa de Baldy Hill?

Wilkes se frotó la mandíbula con aire perplejo.

—No lo sé —contestó—. *Sir* Basil pudo ser un tipo bromista, pero para algunas cosas guardaba una reserva absoluta. ¡Espera! —dijo de pronto a la vez que chasqueaba los dedos.

Dealer y Jane miraron al abogado con renovado interés.

—Usted, señorita Potts —dijo Wilkes—, debe de acordarse de ello. ¿No recuerda a Ben Finkler?

Jane meditó unos momentos.

—Sí, creo que sí —contestó al cabo.

—Es un especialista en cajas de caudales —explicó Wilkes—. Un artesano de los antiguos... de esos que instalan cajas fuertes detrás de un cuadro y lugares discretos. Hace un año hizo un trabajo para *sir* Basil. Lo sé porque fui yo, como administrador suyo, quien hubo de encargarse del abono de la factura.

Dealer volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Lo recuerdas, Jane?

—Sí, aunque no sé en qué consistió el trabajo. Solo sé que Finkler vino varios días seguidos y que se encerraba con *sir* Basil en el despacho. Estaba con él cosa de un par de horas y luego se marchaba.

—La factura que me presentó Finkler no tenía nada de barata —manifestó el abogado—. Pero tampoco era muy explícita. Solo mencionaba «por trabajos realizados para *sir* Basil Madden», y el importe de dichos trabajos, sin otras puntualizaciones. Por supuesto, yo consulté con *sir* Basil y él me contestó que abonase la factura y que no me ocupase de más. Lo hice y, en efecto, me desentendí del asunto.

—Bien —dijo Dealer, a la vez que se ponía en pie—. Ha sido una conversación muy instructiva. Gracias por todo, Tom. ¿Vamos, Jane?

—A tu disposición, ya sabes —contestó Wilkes amablemente.

—Un momento, Tom —exclamó Dealer—. ¿Podemos estar razonablemente seguros de que *sir* Basil murió... realmente?

Wilkes abrió mucho los ojos.

—¡Toby! ¡Yo mismo estuve presente en su entierro y vi cómo cerraban la tapa de su ataúd! ¿Acaso tratas de decirme que *sir* Basil ha resucitado?

Dealer hizo una mueca.

—No sé, pero estoy por pensar que es un muerto de ida y vuelta —

contestó—. Vamos, Jane.

Agarró el brazo de la muchacha y tiró de ella, sabiendo del despacho antes de que el sorprendido leguleyo tuviese tiempo de reaccionar.

* * *

Las nubes, ventrudas, plumizas, corrían rápidamente por el cielo, arrastradas por un vientecillo más bien fresco. El aspecto de la vieja mansión resultaba más bien deprimente.

Dealer detuvo su auto en el lado opuesto, a fin de entrar en la casa por la puerta trasera. Abrió la portezuela y saltó al suelo.

Jane le siguió en el acto. Las ramas delgadas del roble muerto se agitaban con fuerza.

Bear Springs se divisaba a lo lejos, a unos seis kilómetros de distancia. Contemplando el paisaje, Dealer se dijo que, efectivamente, había que tener mucho humor para comprar la residencia y los terrenos que la circundaban.

—Tom dijo que en el despacho —murmuró Dealer—. Vamos allí, Jane. Entraron en la casa. Olía a abandono y a humedad.

—¿Dónde está el despacho, Jane?

—Ven, sígueme, Toby.

La muchacha atravesó la cocina y un cuartito contiguo y salió al vestíbulo. Señaló una puerta.

—Allí —indicó.

Dealer cruzó resueltamente el vestíbulo. Abrió la puerta del despacho y se detuvo unos instantes bajo el dintel. Jane quedaba a su lado.

Era una pieza de grandes dimensiones, decorada según unos cánones ya pasados de moda. Grandes cortinas de terciopelo rojo, muy descolorido ahora, adornaban las dos ventanas que proporcionaban iluminación y aireación a la pieza.

Había una gran estantería llena de libros. Varios cuadros pendían de los muros. Uno de ellos, que representaba el paso del Delaware por Jorge Washington, que daba situado directamente detrás de la mesa de trabajo.

Dealer se acercó resueltamente al cuadro. Agarró el marco con una mano y lo hizo girar.

—Bien, aquí está el trabajo del bueno de Ben Finkler —dijo.

La caja de caudales relucía en la relativa penumbra de la estancia.

—Estoy asombrada —exclamó Jane—. Nunca supe que *sir* Basil tuviese aquí una caja fuerte.

—Hay dos razones para ello —sonrió Dealer—. Una, no te lo dijo ni la abrió nunca en tu presencia. Otra, Finkler la incrustó en la pared sin que nadie lo viera.

—La caja es grande. Se tendría que haber visto, al menos dentro de su embalaje, cuando la trajo aquí.

—Pudo traerla a altas horas de la madrugada. Estaríais todos durmiendo... menos *sir* Basil, por supuesto.

Dicho lo cual, Dealer entregó el bastón a la muchacha, se frotó las manos un momento y luego se echó aliento en las yemas de los dedos.

—¿Qué vas a hacer, Toby? —exclamó Jane, aturdida.

—Abrir la caja, claro —contestó el joven.

Y en aquel momento se oyó el ruido de un automóvil que se detenía frente a la entrada.

—¡Toby! ¡Viene alguien! —exclamó Jane, aterrada.

Dealer soltó una maldición. Abandonando sus primitivos propósitos corrió hacia la ventana más próxima y apartó ligeramente las cortinas.

Un automóvil acababa de detenerse frente a la casa y cuatro individuos se habían apeado del mismo. Uno de ellos era alto, fornido, vestido con elegancia, y su gesto y ademanes eran autoritarios, displicentes, como de hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido sin discusión.

Los otros eran conocidos de Jane y de Dealer. Seydl tenía en la mano un largo palo, con el que empezó a tantear el suelo en busca de posibles trampas.

—Tenemos que escondernos, Toby —dijo Jane, aterrada.

Dealer miró a su alrededor. Divisó una puerta al otro lado del despacho y tiró de la joven.

—Ven, sígueme.

La puerta estaba oculta parcialmente por unas cortinas rojas, con un pequeño dosel en la parte superior. Dealer corrió cuidadosamente las cortinas y luego pasó al otro lado, dejando la puerta abierta.

—Tarde o temprano —susurró— acabarán por venir al despacho.

Jane asintió. De pronto, aterrada, exclamó:

—¡Toby! ¡Tu bastón!

Dealer contuvo una maldición. Con las prisas, se había olvidado del bastón.

—Eso significa que tengo la pierna mejor de lo que yo creía —dijo de buen humor—. No hay nada como el peligro para acelerar los procesos de curación de los miembros lisiados.

Y se dispuso a salir, pero Jane le contuvo con un gesto.

—Deja, yo te lo traeré.

Momentos después, Dealer tenía ya el bastón de nuevo en su poder.

Pasó un minuto. De pronto se oyó una voz:

—Aquí es, jefe. Este es el despacho del inglés loco.

CAPÍTULO IV

Phil Gargane entró en el despacho y abarcó todo su ámbito de una sola mirada.

—La caja está detrás de aquel cuadro —indicó.

—Bien, jefe, yo me encargaré de abrirla —dijo el desconocido miembro del cuarteto.

—¿Podrás, Lem? —preguntó Gargane.

Lem Winney soltó una risita.

—Eso está hecho, jefe —contestó.

Dealer atisbó a través de una estrechísima ranura abierta en las cortinas. Lem era un tipo pequeño, canijo, de ojos ratoniles y nariz afilada y ganchuda. Se acercó al cuadro, lo hizo girar a un lado y luego contempló el brillante metal de la caja empotrada en la pared.

—Silencio, por favor —pidió.

Seydl se puso a toser de pronto. Gargane lo fulminó con una mirada, que cortó en seco la tos del imprudente.

Winney se echó aliento a las yemas de los dedos. Luego acercó la oreja derecha a la puerta de la caja y empezó a hacer girar las ruedecillas de la combinación.

Transcurrieron unos minutos en medio de un absoluto silencio. De pronto, Winney lanzó una exclamación y asió la manija de apertura.

—Ya está —dijo, satisfecho.

Gargane extendió una mano con ademán majestuoso.

—Alto, Lem —dijo—. El resto queda para mí.

—Sí, jefe, como usted quiera, jefe...

Winney se apartó a un lado. Gargane, con una ligera sonrisa de satisfacción en los labios, se acercó a la caja, agarró la manija y tiró con fuerza.

Se oyó una especie de explosión sorda, no muy intensa, más bien un resoplido con vagas reminiscencias musicales. Un guante de boxeador, bien relleno de crin, situado al extremo de un potente muelle, salió disparado de la caja con tremendo ímpetu.

El puño alcanzó a Gargane en medio de la cara, derribándole sobre la mesa. Su sombrero hamburgués voló por los aires, mientras él mismo daba una aparatosa voltereta por encima de la mesa y caía con tremendo golpe al suelo.

Dealer tuvo que taparse la boca con la mano, para no prorrumpir en una atronadora carcajada que hubiese delatado su presencia en aquel lugar. Los bandidos estaban atónitos.

Seydl y Bang se miraron mutuamente. Winney tenía la boca abierta de par en par.

—Te lo dije —gruñó «El Pezuñas»—. Esta casa está embrujada.

Y corrió para auxiliar a su jefe, de cuya nariz, afectada por el golpe, brotaban dos ríos de sangre.

Gargane estaba semiinconsciente y no parecía capaz de reaccionar. Winney se asomó a la caja y exclamó:

—¡Está vacía!

Jane volvió los ojos hacia Dealer. Este se puso un dedo delante de la boca, como indicándole silencio.

De repente, una voz de ultratumba resonó por toda la casa:

—¡Marchaos! ¡No profanéis mi mansión! ¡Nunca encontraréis lo que estáis buscando, ni aunque la casa sea destruida y demolida piedra a piedra! ¡Fuera de mi casa!

—Otra vez el fantasma —dijo Bang, temblando de pies a cabeza.

—¡Qué fantasma ni qué...! —farfulló Gargane coléricamente, ya recobrado el sentido—. Todo esto es obra de un maldito bromista, a quién yo le voy a quitar para siempre las ganas de divertirse a costa de nosotros. ¡Vamos, regresemos a...!

El teléfono sonó en aquel momento. Dealer estaba estupefacto.

Los forajidos no se hallaban menos asombrados. Bang se acercó a la mesa y contempló el aparato con infinito respeto.

—¡Los hilos están cortados... y suena! —dijo, lleno de pavor.

Gargane tragó saliva, todavía con el pañuelo sobre la cara. De pronto alargó la mano y levantó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó a voz en cuello.

Pero no le contestó nadie. Gargane repitió la pregunta un par de veces sin obtener respuesta. Perplejo y preocupado, volvió el aparato a su sitio y miró a sus sicarios.

—Finkler tendrá que hablar un poco más —aseguró—. Ya lo creo que hablará. ¡Vamos!

Los cuatro hombres salieron de la habitación. Jane agarró el brazo de Dealer y le miró con expresión suplicante.

—Tendríamos que avisar a Finkler —dijo.

—¿Y cómo? —respondió el joven sombríamente—. Ya no llegaríamos a la ciudad antes que ellos...

—El teléfono —sugirió la muchacha.

—No me explico cómo ha podido sonar, si tiene los hilos cortados —masculló el joven—. Cualquiera diría que *sir* Basil sale a diario de su tumba para preparar sus bromas.

Salió de su escondite y se acercó a una de las ventanas. Los pandilleros subían al auto en aquel momento.

Bang se encargó de su manejo. Hizo arrancar al vehículo y maniobró

para enfilar el camino que permitía el acceso a la colina, con un trazado zigzagueante, aunque sin curvas demasiado pronunciadas.

El pistolero aceleró. De pronto, Dealer vio aparecer una nube de humo blanco en la cola del vehículo.

Se oyó una fuerte explosión. El automóvil rodaba ya a unos cuarenta o cincuenta kilómetros por hora.

Más nubes blancas aparecieron en rápida sucesión. En su mayor parte, brotaban de la zaga, aunque también salían otras por la parte delantera y el techo. El ruido era ensordecedor.

—Pero ¿qué...?

Dealer estaba atónito, lo mismo que Jane. Asustado, aturdido por aquel continuo petardeo, cuyas detonaciones eran semejantes a disparos de fusil, Bang perdió la cabeza y aceleró, como si tratase de huir.

La siguiente curva le llegó demasiado pronto. Bang trató de dominar el coche, pero no lo consiguió y se produjo el vuelco. Los estampidos habían cesado ya.

—¡Toby! ¿Qué ha pasado? —exclamó Jane, no menos aturdida que el joven.

El automóvil yacía de costado. Uno de los forajidos abrió la portezuela delantera y asomó por fuera, pálido como un difunto. Salió del coche y se dejó caer por el suelo, sollozando de terror.

Los demás fueron saliendo uno a uno, con las ropas desgarradas y abundantes golpes en la cara y otras partes del cuerpo. No había ni uno solo que no sangrase por uno o más sitios.

Dealer advirtió que, en conjunto, no estaban malheridos.

—Vivirán —dijo—. Jane, es el momento de que nos larguemos.

—Sí, Toby.

Abandonaron el despacho y corrieron a la parte posterior de la casa.

—Daremos un rodeo, aunque sea a campo traviesa —dijo él, en el momento de poner en marcha el motor—. Lo interesante es que no sepan que hemos estado aquí.

Jane aprobó la idea. Dealer condujo con cuidado a causa de las desigualdades del terreno. A poco, le preguntó:

—Toby, ¿adónde piensas ir ahora?

—A casa de Finkler, naturalmente. ¿Sabes tú dónde vive?

—No, pero podemos averiguarlo por la guía telefónica.

—Muy bien, lo haremos apenas lleguemos a la ciudad. Gargane y sus chicos tienen todavía para rato antes de que estén en condiciones de moverse de nuevo.

Callaron unos momentos. Luego, Jane dijo:

—Toby, ¿quién ha podido hacer todas estas cosas? El puño escondido en la caja fuerte, el teléfono desconectado que sonaba, los petardos en el coche... ¿Se te ocurre a ti alguna idea?

—Sí. *Sir* Basil fue un bromista incorregible. Estoy seguro de que dejó una carta escrita en secreto para Finkler. ¿No es este un hombre muy habilidoso?

—En efecto.

Jane se quedó muy pensativa.

—Toby —exclamó al cabo de unos minutos de silencio—, ¿por qué han empezado a ocurrir cosas a los seis meses de la muerte de *sir* Basil y no a los pocos días?

—No lo sé —contestó el joven—. Pero se me está ocurriendo una idea, Jane. Después de todo, quizá *sir* Basil quiso gastar a todo el mundo una broma magistral.

—¿Cómo, Toby?

—Simplemente, fingiendo su muerte.

* * *

Ben Finkler vivía en una casa relativamente aislada, con un cobertizo posterior que era donde realizaba sus trabajos. La puerta de entrada aparecía cerrada.

Dealer y Jane llamaron varias veces sin obtener respuesta.

—Estará trabajando al otro lado —sugirió la muchacha.

—Es probable, aunque también resulta extraño que no tenga un timbre en su taller conectado con el de la puerta. Pero si trabajaba por sí, ¿cómo montaba cajas fuertes en donde le pedían sus clientes?

—Probablemente, las compraba a la fábrica y luego las instalaba en donde le pedían. Algunos quizá, opino yo, debían de tener gustos particulares, que no siempre podrían satisfacer los empleados de la fábrica.

—Pudiera ser —admitió Dealer—. Vamos a ver qué hay al otro lado.

Rodearon la casa y llegaron al cobertizo, que, al menos exteriormente, ofrecía un aspecto bien cuidado. Había grandes ventanales que proporcionaban suficiente iluminación diurna al interior y Dealer decidió mirar a través del más cercano.

Pegó la nariz al cristal. Apenas lo había hecho, sufrió un fuerte estremecimiento.

—¡No mires, Jane! —exclamó.

Pero ya era tarde. Los ojos de la muchacha habían captado la figura de un hombre tendido en el suelo boca abajo.

Un gemido se escapó de sus labios. Dealer la agarró por un brazo, temiendo que se cayera.

—Está... está... —dijo Jane, pero sin atreverse a completar la frase.

Dealer asintió con gesto sombrío.

—Sí —confirmó—. Y esto significa que las cosas han pasado ya más allá de lo que puede representar una simple broma.

Ella le miró acongojadamente.

—Tendremos que avisar a la policía, Toby —dijo.

El joven se mordió los labios.

—Escucha un momento —dijo—. Voy a entrar ahí. Quiero ver si encuentro algo interesante. No tardaré demasiado, sin embargo. Tose fuerte si ves que viene alguien y, en este caso, deja que sea yo el que hable. ¿Has entendido?

—Sí, Toby... pero no tardes demasiado. Empiezo ya a sentir miedo...

—Yo también, a decir verdad —contestó el joven con un gruñido. Sacó un pañuelo y se dispuso a abrir la puerta del cobertizo, procurando no dejar huellas dactilares.

Minutos después salía del local. Jane le vio que guardaba algo en un bolsillo.

—Avisaremos a la policía y nos quedaremos hasta que vengan —dijo—. Como excusa, diremos que vinimos para encargarle la colocación de una caja fuerte en mi casa. Tú estabas conmigo porque somos amigos y, además, me estás dando masaje en la pierna herida. ¿Has comprendido, Jane?

La muchacha asintió.

—De acuerdo, Toby. ¿CÓ... cómo murió el pobre Finkler?

—Fue sencillo —contestó él—. Una puñalada en la espalda. Pero el arma homicida no está en el cobertizo.

* * *

Aquella noche, Dealer dijo que tenía que salir.

—«Stim» cuidará de ti en caso necesario, Jane —dijo.

La muchacha, de acuerdo con él, había decidido permanecer unos días en su casa. A fin de dar al asunto el aspecto de la necesaria respetabilidad, la señora Billings se quedaría también con ellos.

—¿Adónde vas? —quiso saber Jane.

Dealer sonrió.

—A divertirme un poco. Llevo una buena temporada aburriéndome y necesito un poco de distracción.

—¡Vaya! —resopló ella, atónita.

Pero ya no pudo decir más, porque Dealer cruzaba el umbral en aquel mismo instante.

Veinte minutos más tarde, Dealer detenía su coche ante la puerta de un local nocturno, situado a ocho kilómetros al sur de la ciudad. Había bastantes coches en la explanada de estacionamiento y las luces de neón guiñaban en rojo, amarillo y verde el explosivo título del establecimiento: *The Bomb* (La Bomba).

Dealer se apeó del auto y se dirigió hacia la entrada, en donde un galoneado portero le saludó con el conveniente respeto. Apoyado en su bastón, entró en el local.

Una generosa propina le sirvió para ocupar una de las mejores mesas. Encargó una bebida y se dedicó a contemplar el espectáculo.

El local estaba sumamente concurrido. En el escenario, un humorista hacía chistes de todas clases, la mayor parte de ellos muy subidos de color.

Luego salieron ocho muchachas, moviendo las piernas con más entusiasmo que precisión. Pero todo se les podía perdonar en gracia a que eran muy bonitas y su escasez de ropa.

Al cabo de un rato, el presentador anunció el número «bomba» del espectáculo: la actuación de la cantante Beryl Hendrix.

Beryl apareció bajo el único foco que se había dejado encendido. Era una mujer de formas opulentas y expresión sensual, que cantaba con voz ronca y acariciadora. Su pelo parecía una llama viva en torno a la cara, de facciones hermosas y expresivas.

Los aplausos sonaron fuerte al terminar su primer número. Beryl agradeció el interés del público tirando besos a diestro y siniestro, y luego continuó cantando.

Al cabo de unos minutos, Beryl se retiró. Las luces se encendieron y volvieron a aparecer las ocho bailarinas.

Dealer continuaba esperando pacientemente. En el bolsillo tenía un sobrecito de fósforos, con el título del local en la solapa. Por dicha razón se hallaba en *The Bomb*.

Simplemente, le extrañaba haber hallado una pista semejante en el cobertizo de Finkler. El muerto tenía más de cincuenta años y todo el aspecto de ser la clase de hombre que no frecuentaba jamás lugares semejantes.

¿Cómo había llegado aquel sobre a su poder? ¿Se le había caído casualmente a alguno de sus clientes?

De pronto vio que Beryl cruzaba entre las mesas. La cantante se detuvo ante una de ellas y habló con sus ocupantes.

Dealer reconoció, con gran sorpresa, a Gargane. El pandillero mostraba claramente las señales del puñetazo y del accidente. Su nariz era un pimiento rojo, tenía una cruz blanca en la sien izquierda y la mano del mismo lado aparecía vendada en su mayor parte.

Al cabo de unos momentos, Beryl movió la cabeza, haciendo un gesto de desdén. Se encogió de hombros y siguió su camino.

Dealer decidió que no estaría de más tratar de conversar con Beryl Hendrix.

CAPÍTULO V

La cantante entró en su camerino, hasta el cual llegaba claramente el fragor de los aplausos. Se dirigió hacia el biombo con ánimo de cambiarse de ropa, pero no llegó a su destino.

Durante unos segundos contempló al hombre sentado en una silla, cuyas manos estaban apoyadas en el mango de marfil de un bastón. Los ojos de Beryl centellearon furiosamente.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi camerino?

—Me lo he tomado yo —contestó Dealer, poniéndose en pie—. Le presento mis excusas, señorita Hendrix.

—Salga —ordenó ella—. Salga o llamaré a los empleados...

—Mi nombre es Dealer, Toby Dealer —se presentó el joven—. Por favor, no se enoje conmigo, señorita Hendrix.

Beryl estudió críticamente el aspecto de aquel sujeto. Dealer vestía elegantemente y parecía muy apuesto. El bastón con puño de marfil le daba cierto aire aristocrático.

—Ha venido a invitarme a una cena —dijo—. Le advierto que no acepto invitaciones de los desconocidos.

—¿Ni tampoco para asistir a un funeral?

Beryl estaba ya tras el biombo y le miró con sorpresa.

—¿Un funeral? ¡Usted está loco! ¡Váyase de aquí antes de que...!

—Hoy ha muerto asesinado un buen amigo mío. Se llamaba Ben Finkler —dijo Dealer sin inmutarse.

La cantante estaba desabrochándose los cierres posteriores de su vestido y detuvo los movimientos.

—¿Finkler? No le conozco —respondió.

Dealer se dio cuenta de que ella mentía.

—Me gustaría creerla —sonrió.

El vestido salió por encima de la cabeza de Beryl y fue a parar a una silla.

—No me importan sus opiniones —dijo—. Lárguese.

—Tal vez —insinuó Dealer—, le agradecería más que viniese la policía a hacerle las mismas preguntas... que todavía no le he formulado.

Beryl palideció. Sus hombros desnudos asomaban por el borde superior del biombo.

—¿Qué preguntas son? —quiso saber.

—Se refieren a Finkler.

—Le he dicho que no lo conocía.

—¿Tampoco a Gargane?

Beryl vaciló.

—Es un buen cliente del local —contestó.

—A usted no le simpatiza —dijo Dealer.

—¿Cómo lo sabe?

—Bastaba verle a usted la cara que puso cuando hablaba con él.

—De modo que me ha espiado...

—Exactamente, no, pero si una mujer hermosa pasa por delante de mí, la sigo con la vista hasta que dejo de verla.

Beryl sonrió, evidentemente, halagada. Subió los brazos y se ahuecó la flamante cabellera.

—De modo que le gusto —dijo.

—Soy hombre —contestó él, inclinándose ligeramente.

—Esto... bueno, señor Dealer... ¿Es ese su nombre?

—En efecto, señorita Hendrix. Pero si le resulta más cómodo, llámeme Toby a secas, como hacen todos mis amigos.

Beryl parecía haber suavizado su actitud. Movi6 una mano y dijo:

—Este no es el lugar más adecuado para hablar con tranquilidad, Toby.

—Proponga uno —indicó él.

—¿Mi apartamento?

—Trato hecho. ¿Cuándo?

—Mañana, a las dos de la tarde. Calle Mountain, 300, 7 F.

Dealer repitió la dirección.

—A las dos de la tarde en punto —afirmó.

Y ya se disponía a marcharse, satisfecho en cierto modo, del feliz éxito de su gestión, cuando oyó ruido en la puerta.

Un oscuro instinto le hizo dar un pequeño salto y situarse detrás de la puerta, justo en el momento en que alguien la abría y asomaba en el camerino.

—Eh, Beryl, el jefe te está esperando. Ya sabes que no le gusta que le hagan aguardar demasiado —dijo Bang.

Los ojos de la cantante despidieron dardos de cólera.

—¡Dile al bastardo de tu jefe que se vaya al infierno! No me gustan los cerdos... salvo cuando están convertidos en jamones. ¿Has comprendido, especie de bestia del espacio con patas?

Dealer se quedó at6nito al escuchar aquella sarta de palabrotas, impropias de los labios de una mujer hermosa. Bang no se quedó menos at6nito, aunque la sorpresa dejó paso bien pronto a la rabia.

—Cuando el jefe da una orden, se cumple —gruñó, a la vez que avanzaba hacia el biombo.

Entonces, Dealer pensó que le resultaría rentable intervenir a favor de la cantante. Alargó el bastón y tocó a Bang en la espalda.

—Caballero.

Bang se revolvió velozmente, al mismo tiempo que metía la mano dentro de la chaqueta.

—El tipo del perro otra vez —gruñó.

Dealer señaló la puerta con el bastón.

—Ella le ha dicho que se vaya —sonrió.

Bang apretó los labios. Todo un lado de su cara estaba cubierta de esparadrapo.

—Ahora no tiene el perro —dijo ofensivamente.

—Claro, no me cabe en el bolsillo...

Y, de repente, la contera del bastón golpeó la frente del forajido.

Bang se tambaleó. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, el bastón le golpeó de nuevo en la frente. El tercer golpe fue dirigido hábilmente a la punta de su nariz.

Beryl palmoteó de júbilo.

—¡Bravo! ¡Más, más! —pidió.

El pistolero bramaba de ira. Intentó sacar la pistola, pero Dealer le castigó los nudillos. Bang lanzó un chillido de dolor.

El bastón se dirigió ahora a sus espinillas. Fueron dos golpes rápidos y secos, no demasiado fuertes, sin embargo, le habrían quebrado las piernas. Pero bastaron para romper la resistencia del pistolero.

Bang cayó, sollozando de rabia y de dolor.

—¡Basta, basta! —gimió.

Dealer se inclinó sobre él y le quitó la pistola, que lanzó a un rincón. Luego, apoyándose en el bastón con una mano, pues ahora lo iba a necesitar, agarró al sujeto por el cuello de su traje y lo izó a pulso.

—Ella le ha dado ya una respuesta —dijo—. Transmítasela a su jefe.

Empujó a Bang hacia la puerta. El pistolero pegó un salto cuando, a guisa de despedida, sintió en sus posaderas el duro contacto del bastón.

Dealer cerró la puerta y miró a la cantante.

—¿Le ha gustado? —preguntó.

De pronto, Beryl abandonó su paradero. Sin cuidarse de la escasez de su indumentaria, corrió hacia el joven, se colgó de su cuello y le besó fuertemente en sus labios.

—¡Mi defensor! —exclamó cincuenta segundos más tarde—. Me siento rendida de amor hacia ti —añadió, lanzándole una mirada incendiaria.

—Voy a arder —sonrió Dealer.

—Ven a quemarte mañana a las dos de la tarde —pidió ella insinuantemente.

—Iré sin extintor de incendios —prometió él.

—Usaremos el mío en todo caso.

Dealer sonrió.

—Muy bien. Pero una cosa, Beryl.

—Sí, defensor de las damas.

Ella, en medio de todo, no carecía de sentido del humor, apreció Dealer.

—¿Por qué a las dos de la tarde? ¿No podríamos ahora...?

Beryl le puso un dedo sobre los labios.

—Ven a la hora concertada y no te preocupes de más —susurró.

Y luego pegó sus labios a los del joven con explosiva voracidad.

* * *

Dealer salió con la cabeza dándole vueltas. El fresco de la noche aclaró un poco sus ideas.

Llegó a su automóvil y lanzó el bastón al lado derecho del asiento delantero. Se sentó tras el volante e insertó en su puesto la llave de contacto.

Entonces oyó una voz cercana:

—Dealer.

Se volvió. Gargane, escoltado por tres de sus rufianes, que formaban un semicírculo en torno al auto, le contemplaba desde cuatro pasos de distancia.

Gargane tenía las manos en los bolsillos de su traje negro. Los otros tres le contemplaban con malévola expresión.

Todos tenían señales del accidente sufrido por la mañana. Sin embargo, los golpes no habían revestido la menor gravedad.

—Salga del auto —ordenó Gargane.

Dealer alargó la mano derecha hacia el bastón, pero Gargane cortó su gesto con una orden imperativa:

—¡No lo toque!

El joven inspiró fuertemente. No temía a los forajidos, salvo por el estado de su pierna. Estaba seguro de que solamente trataban de intimidarle; si hubieran querido matarle, ya lo habrían hecho.

Abrió la portezuela de nuevo. Su coche y el de Gargane eran casi los únicos que quedaban. La explanada estaba desierta.

—No me gustan los entrometidos —le dijo Gargane, apenas había puesto los pies en el suelo—. Usted ya me ha dado bastantes disgustos y yo le voy a quitar la afición a meter las narices donde no le importan.

Sacó una mano e hizo un gesto.

—Bueno, chicos, ya podéis empezar —agregó.

Los tres pandilleros empezaron a convergir hacia él. Bang le miraba torvamente, mientras se golpeaba la palma de la mano izquierda con el puño derecho. Dealer observó que llevaba unos nudillos de acero.

Gargane sonreía satisfecho, en la retaguardia, a cinco o seis pasos de su víctima. Dealer estudió su posibilidades.

El gigante estaba en el centro. Bang a su derecha. Augie Furns quedaba a la izquierda. Este calculó era el menos fuerte de los tres.

De repente dio un salto y cargó contra Augie. El pistolero, sorprendido, trató de reaccionar levantando los brazos.

Dealer cogió sus muñecas y lo envió lateralmente hacia Seydl, quien ya caía sobre él. Los dos hombres tropezaron mutuamente, se enredaron y cayeron al suelo.

Dealer no se detuvo por ello. Su segundo salto le llevó hasta el jefe de los pandilleros.

Gargane, sorprendido, dio un paso atrás. Dealer le agarró por el brazo derecho y se lo retorció a la espalda, en una acción que había durado tan solo fracciones de segundo.

—Gargane, dé orden a sus chicos que se paren o le rompo el brazo —dijo.

La situación había cambiado radicalmente. Bang le miraba con la boca abierta de par en par.

Gargane apretó los labios, dispuesto a resistir.

—Vamos, sois tres... —jadeó—. Tres contra uno...

Dealer acentuó la fuerza de su presa.

—Si empujo un centímetro más, su brazo saltará hecho pedazos —dijo—. Haga lo que le ordeno, Gargane.

El sudor cubría la frente del pandillero. Ahora, el brazo le dolía de veras.

—Atrás... atrás... —ordenó, con las facciones contraídas por el dolor.

—¡Resista un poco, jefe! —gritó Seydl, avanzando hacia él.

—El jefe os ha dicho atrás —exclamó Dealer, muy serio—. Obedezcan, o le romperé algo más que el brazo.

La articulación empezó a crujir alarmanamente. Gargane exhaló un gemido de agonía.

—¡Por favor! —gimió.

—Dícales a sus esbirros que se retiren al otro lado de su coche —ordenó el joven.

Gargane repitió la orden con voz entrecortada. Los forajidos se vieron constreñidos a obedecer.

Entonces, Dealer rodeó con el brazo izquierdo el cuello de su presa. Soltó el brazo derecho y le registró rápidamente, desposeyéndole de un revólver de cañón corto y calibre .38 que pasó a su poder instantáneamente.

Acto seguido le pegó un fuerte empujón y lo derribó por tierra. Avanzó unos cuantos pasos hacia su coche y blandió el arma.

—Retírense —ordenó—. Váyanse o empiezo a tiros con todos ustedes.

Los pandilleros vieron que Dealer no bromeaba.

—Otra vez no ganará —dijo Furns, mientras retrocedía brazos en alto.

—Otra vez puede que no me sienta tan inclinado a la compasión y empiece por llenar de plomo su sucio estómago —contestó Dealer

agriamente.

Se cambió el revólver de mano y empleó la derecha para manejar el auto. Instantes después desaparecía de allí a toda velocidad.

CAPÍTULO VI

Toby Dealer terminó su última taza de café y dijo:

—La cosa es más seria de lo que yo creía, Jane.

Ella le miró ansiosamente, los codos apoyados sobre la mesa y la barbilla en las manos.

—Hay un nuevo personaje en el reparto —contestó.

—Sí —admitió Dealer—. Y hoy mismo me propongo entrevistarme con Beryl Hendrix, la cantante. Ella sabe algo, no cabe la menor duda. Por cierto, ¿has leído los periódicos?

—Sí, pero no dicen gran cosa más de lo que ya sabemos, excepto que agregan el informe de la autopsia del cadáver de Finkler.

—¿Y...?

—Ya lo dijiste tú: murió apuñalado. El forense añade, sin embargo, que fue un estilete muy largo y estrecho, casi una aguja. La hoja interesó directamente el corazón, perforando el ventrículo izquierdo. Finkler murió a los pocos minutos, aunque, claro está, la puñalada le produjo un shock instantáneo, del que ya no se recuperó.

—Un estilete largo y delgado —murmuró Dealer—. Es un arma mortífera, silenciosa y fácil de llevar en cualquier parte.

—El que lo mató debía de tener quizá conocimientos de medicina —opinó Jane—. Acertó a la primera. Además, debía de ser conocido de Finkler. En el cobertizo no se advertían señales de violencia.

—No deja de ser una pista —dijo el joven con aire pensativo—. Sea lo que fuere, está relacionado con los sucesos tan raros que han pasado en la casa de Baldy Hill.

—La caja fuerte no estaba muy escondida que digamos, Toby.

—Sí, pero, ¿y si se trata de una cobertura destinada a engañar a la gente?

—¿Una especie de tapadera?

—Sí. Quizá haya otra caja fuerte mejor disimulada... y alguien se lo sonsacó a Finkler, y luego lo mató para evitar que lo repitiera.

Jane se estremeció.

—Toby, si es como dices, a estas horas el asesino ya ha vaciado la segunda caja fuerte —exclamó.

—Tienes razón —convino el joven pesarosamente—. En ese caso, ya no podemos hacer nada.

—El asesino se nos adelantó —dijo Jane con expresión desanimada.

Callaron unos momentos. De pronto sonó el teléfono de manera tan estridente, que los dos jóvenes sufrieron un fuerte sobresalto.

Dealer se levantó. Todavía cojeando, se acercó a la mesita donde estaba el teléfono y lo levantó de la horquilla.

—Habla, Dealer... Ah, ¿eres tú, Nick? Sí, te escucho... ¿Cómo? ¿Estás seguro? ¿De verdad? Bien... gracias, Nick. Hasta la vista.

Jane observaba a Dealer y vio que su rostro se ponía en serio. Ella también se alarmó y se puso en pie.

—¡Toby! —exclamó, apenas le vio colgar el teléfono—. ¿Qué sucede?

Dealer la contempló en silencio durante algunos instantes. Luego, con acento dramático, contestó:

—Era mi amigo el perito calígrafo. Jane, no hay la menor duda; la letra de la carta que recibiste... ¡era de *sir* Basil!

La muchacha se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo. Tuvo necesidad de apoyarse en una silla para mantener el equilibrio. Apenas respiraba y su rostro tenía la blancura del mantel de la mesa.

—¡Dios mío! Pero... ¡*sir* Basil está muerto, Toby! Ya te dije que yo misma lo vi en su féretro minutos antes de que lo enterrasen!

—Quizá —dijo él lentamente—, *sir* Basil escribió la carta antes de morir, dejando encargada a otra persona que la echase al correo en una fecha determinada. Pero, dime, Jane, ¿conoces tú al médico que firmó el certificado de defunción?

—Sí, es el doctor Homer Carlson —contestó la muchacha—. Ahora no recuerdo bien su dirección.

—No importa —dijo él resueltamente—. Consultaré la guía telefónica.

* * *

El doctor Carlson era un hombre que ya había pasado de los cincuenta años. Seco, estirado, de nariz aguilina, parecía sujeto muy pagado de sus conocimientos y poco propicio a las sugerencias.

—Joven, conozco mi profesión y sé cuándo una persona está muerta —contestó, después de que Dealer le hubo expuesto sus pretensiones.

—Pero se dan casos de catalepsia...

El doctor Carlson sonrió con la misma condescendencia que habría empleado un gigante para hablar con un pigmeo.

—Señor Dealer —dijo—, sé también, lo que es catalepsia y puedo asegurarle que *sir* Basil estaba tan difunto como Judas después de colgarse de la higuera. No hay quien sobreviva a su tercer infarto de miocardio, ¿comprende?

—Así, pues, *sir* Basil padecía del corazón.

—Exactamente; y fue esa enfermedad la que lo llevó a la tumba. Fue un hombre muy bromista, pero no tanto como para abandonar su panteón y dedicarse a gastar bromas después de muerto.

—Está bien, le ruego me dispense, doctor Carlson —Dealer se puso en pie—. Gracias por sus informes.

—No hay de qué, joven. Y, recuerde, cuando yo digo que una persona está muerta es que...

Un zumbido le interrumpió de repente. Carlson dijo «perdone», tocó el conmutador del interfono y se inclinó hacia el mismo:

—Hable, Mary —dijo.

—Doctor, acaba de telefonarme la enfermera personal de la señora Carrigan —se oyó una voz femenina.

—Habrá muerto, claro —dijo Carlson con suficiencia—. Ahora mismo irá a su casa a firmar el certificado de...

—No, doctor —le interrumpió la voz femenina—. La enfermera dice que la señora Carrigan está fuera de peligro a su entender y que convendría que usted le hiciese una visita inmediatamente.

—Está bien, iré ahora mismo.

Carlson cerró el interfono. Levantó los ojos y vio a su visitante que sonreía socarronamente.

—Cuando yo digo que una persona está muerta... —repitió Dealer con sorna. Y luego escapó, huyendo de la posible reacción airada del galeno que nunca se equivocaba.

Pero en el caso de *sir* Basil, Carlson no se había equivocado. Dealer estaba seguro de ello.

Entonces, ¿quién era la persona que había echado la carta al correo?

Consultó su reloj. Faltaban ya pocos minutos para la cita con la cantante. Subió a su auto, puso el motor en marcha y pisó el acelerador.

* * *

Beryl Hendrix le recibió ataviada con algo que parecía como cincuenta kilómetros de gasas de color lila claro, tan sutiles que casi parecían transparentes. La artista estaba envuelta en una nube de perfume y se había acicalado y compuesto especialmente para la ocasión.

—Pasa, querido —dijo con voz llena de insinuaciones—. Me agrada que hayas sido puntual.

—Con las damas siempre lo soy —contestó Dealer, sonriendo. Paseó la vista por la decoración—. Tienes un apartamento muy hermoso.

—Me gustan las cosas buenas —contestó ella, colgada de su brazo—. Ven aquí, al diván. ¿Quieres algo de beber?

—Lo mismo que tú, preciosa.

Beryl soltó una risita. Le besó suavemente en una mejilla y luego se dirigió a una mesita donde había copas y botellas.

—Eres un tipo como a mí me gustan —dijo, mientras llenaba dos copas—. ¿Por qué llevas bastón?

—Soy veterano de guerra —contestó él evasivamente.

—¿Vietnam?

—Sí —mintió Dealer descaradamente.

No le podía decir que había recibido el balazo en el Berlín oriental.

—Mal asunto ese, ¿no?

—Regular. Yo ya he terminado allí. Además, he pedido mi licencia del ejército. Se acabaron los uniformes para mí.

—Te felicito —dijo Beryl, acercándose con las dos copas. Le entregó una, inclinándose mucho, a fin de ofrecer una fascinante visión de su escote y añadió—: Bebe a mi salud, héroe.

—Oh, no vayas a creerte. No soy tan héroe como piensas. Algunos dicen que no recibí la herida avanzando hacia el enemigo, sino huyendo, pero que corría tan aprisa, que alcancé a la bala, tropecé con ella y...

Beryl se echó a reír.

—¡Qué gracioso! —dijo, sentándose a su lado. Bebió un largo sorbo y le miró por encima del borde de la copa—. Eres un chico muy simpático. Me gustas, Toby. ¿Qué haces ahora? ¿Te has convertido en detective privado?

—Algo por el estilo —contestó Dealer, sin comprometerse a más—. ¿Hablamos de Finkler?

—¿Qué quieres saber de Finkler? —preguntó ella, arrimándose descaradamente.

—Todo lo que puedas decirme, Beryl.

La cantante suspiró profundamente.

—No será demasiado —contestó—. Tengo joyas valiosas, ¿sabes? Naturalmente, he de lucirlas en ocasiones, pero mientras esto no ocurre, he de guardarlas en algún sitio más seguro que una simple bombonera.

—Comprendo. Y fuiste a encargar a Finkler una caja fuerte empotrada en la pared.

—Sí. Alguien me lo recomendó. Además, me dijo que Finkler era un sujeto muy hábil y que podía prepararme una caja con un mecanismo que obedeciese solamente a mi voz.

—Apertura automática por medio de órdenes verbales.

—Justamente. Se graba previamente en el mecanismo la frase clave y, además, nadie que no sea el propio interesado puede abrir la caja, pues el mecanismo funciona también por el número de vibraciones sonoras. Mi voz es más aguda que la tuya, por ejemplo, ¿comprendes?

—Y Finkler te lo iba a preparar.

—Sí, pero tenía mucho trabajo y entré en turno —Beryl hizo una mueca de disgusto—. Ahora tendré que buscar otro procedimiento.

—No faltará que quien te instale una caja fuerte segura —afirmó Dealer—. ¿Cuánto tiempo hace que viste a Finkler?

—Oh, al menos dos semanas, querido.

—¿No le viste después?

Dealer decidió hacer una prueba. Sacó cigarrillos y le ofreció uno.

—No, en absoluto.

Beryl meneó la cabeza.

—Podrá parecerse extraño, pero no me gusta el tabaco en absoluto. No me ha gustado nunca —declaró enfáticamente.

Dealer se dispuso a encender el cigarrillo rechazado y sacó la carterita de fósforos que había hallado en el cobertizo del asesinado.

—¿Iba Finkler alguna vez al *The Bomb*? —preguntó.

Beryl soltó una estridente carcajada.

—¿Finkler en ese antro? —exclamó—. Por favor, Toby.

Dealer le enseñó la carterita de fósforos.

—Estaba junto a su cadáver —dijo, muy serio.

Ella dejó de reír en el acto.

—¿Lo dices de verdad, Toby?

—No tengo por qué engañarte —contestó él.

—Te juro que no sé cómo ha ido a parar allí esa tira de fósforos —dijo la cantante—. Se le perdería a alguno de sus visitantes... Finkler tenía clientes de posición y *The Bomb* no es un lugar barato.

Dealer asintió. Luego dijo:

—Beryl, me gustaría saber qué pretendía anoche de ti Gargane.

Ella hizo una mueca de disgusto.

—Es un tipo repugnante, pese a que alardea de elegancia —contestó—. Posee la mitad del negocio y se cree que eso le da derecho a disponer de toda mujer más o menos bonita que trabaja allí.

—¿Solo quería eso, Beryl?

—Nada más. Por si fuera poco —dijo ella furiosamente—, no se molesta en venir a verme, sino que envía a uno de sus monos. Y yo solo... bueno, si no me gusta un hombre, lo envío al diablo, sea quien fuere.

—Tu empleo podría correr peligro.

Beryl se encogió de hombros.

—Así como así, empiezo a cansarme ya de Bear Springs —contestó—. El día menos pensado levantaré el vuelo y... Es una ciudad grande, pero todo tiene un límite. Me estoy haciendo ya demasiado vista y no quiero gastarme antes de tiempo.

—Una cosa —dijo él—. Anoche terminaste a las doce más o menos. ¿Por qué me citaste precisamente a esta hora? Podíamos haber tenido la entrevista a continuación de tu salida...

Beryl le tocó la nariz con la punta del dedo índice.

—No seas curioso ni hagas a una dama preguntas comprometedoras —dijo maliciosamente—. Ahora estás conmigo y eso es lo que importa, ¿no te parece?

—Si tú lo dices...

—Lo digo —murmuró ella, echándole los brazos al cuello con avidez posesoria—. Mi héroe —suspiró profundamente.

Dealer no era un tipo torpe, precisamente. Era una invitación que no se podía desdeñar. Rodeó con los brazos el cuerpo de la cantante y buscó los

labios que ella le ofrecía con tanta generosidad.

Mientras la besaba, su vista reparó en una pequeña repisa que había detrás del diván, a nivel del borde del respaldo. Había algunos objetos de adorno: un muñeco de trapo, una lámpara, una bombonera laqueada... y un puñal de estilo fingidamente español, largo de veinte centímetros y de hoja brillante y pulida.

Dealer disimuló su descubrimiento tras una máscara de ardor pasional, en la que no había ninguna ficción. Lo único que hizo fue pensar un instante en Jane. «Si ella lo supiera...». Y luego se dejó llevar por una vorágine ardiente, que le hizo olvidarse unos instantes de cuanto le rodeaba.

Momentos después, Beryl se levantó, sofocada, con la sonrisa en los labios.

—Voy un momento al baño. Me perdonas, ¿verdad, querido?

—No faltaría más —contestó él galantemente.

Al quedarse solo, aprovechó la ocasión y se guardó el puñal, tras haberlo envuelto cuidadosamente en un pañuelo. Estaba limpio... pero a veces, la mayoría de las veces, generalmente, siempre quedaban en un arma homicida microscópicas manchas de sangre que el asesino no había conseguido borrar.

No obstante, había algo que le desconcertaba profundamente. ¿Qué tenía que ver Beryl Hendrix con las bromas de aquel extraño difunto?

CAPÍTULO VII

Dealer tomó el atizador y removió los troncos de la chimenea. Dormido frente al fuego, «Stim» roncaba suavemente. Jane contemplaba con ojos fijos el bailoteo de las llamas en el hogar.

—¿Es cierto que *sir* Basil padecía del corazón? —preguntó él.

—Sí. No cabe la menor duda, Toby.

—Tú eres enfermera y conoces los síntomas.

—En efecto. Además, la medicación era la apropiada.

—El doctor Carlson dijo rotundamente que había que descartar la catalepsia. ¿Tú qué opinas?

—Toby, *sir* Basil murió delante de mí. Yo le tomé el pulso y, créeme, su corazón había dejado de latir cuando avisé al doctor Carlson. Este vino poco después, examinó el cuerpo y firmó el certificado de defunción. «Era algo que se veía venir», comentó.

—Entonces, no hay duda. *Sir* Basil está muerto.

—Efectivamente. Insisto en que, además, estuve en su entierro y vi su cadáver en el ataúd, antes de que lo cerraran.

De repente, Dealer recordó una frase que había oído al doctor Carlson.

—Jane, ¿fue realmente un entierro? —preguntó.

Ella le miró extrañada.

—No te entiendo, Toby —dijo.

—Verás, enterrar a una persona se dice cuando la llevan al cementerio después de muerta —explicó él—. Ahora bien, uno, cuando oye esa palabra, enterrar, piensa inmediatamente en una sepultura abierta en el suelo. El ataúd se cubre luego de tierra y... Bien, de ahí viene la palabra enterrar, ¿comprendes?

—No —declaró Jane, redondamente.

—Aguarda, aún no he terminado. Según he podido deducir, el cuerpo de *sir* Basil no fue realmente enterrado, es decir, colocado bajo la tierra, sino situado en un panteón. ¿Es eso cierto?

—Sí, claro. *Sir* Basil se hizo construir un panteón propio en el cementerio de Bear Springs. Ciertamente —admitió Jane—, tienes razón: el féretro no fue cubierto de tierra, sino depositado directamente en el panteón.

La joven se alarmó de pronto.

—¡Toby! ¡Estás pensando... en hacer una visita al panteón!

Dealer asintió con rítmicos movimientos de cabeza.

—Sí, justamente estoy pensando eso —contestó.

Jane se estremeció.

—¿Por el día?

—Naturalmente que no. Ha de ser una visita secreta.

—La puerta del panteón es una verja y está cerrada con llave —alegó la muchacha.

—¿Quién tiene esa llave?

Jane se mordió los labios.

—Pues... déjame... espera que haga memoria —murmuró—. Sí, después de dejar el féretro en el panteón, salimos todos... Es como una cripta, pequeña, claro; apenas caben cuatro o cinco personas, aparte del ataúd, por supuesto... Thomas Wilkes, como abogado del difunto, también estuvo presente. Él salió el último, cerró la verja y... Supongo que debió guardar la llave. No volví a preocuparme más de este asunto, Toby.

—No es necesario que sigas preocupándote por la llave —sonrió él—. Abriré la verja cuando nos convenga.

—Entonces, ¿insistes en ir?

—Sí —confirmó el joven.

—¿Cuándo? Lo pregunto porque yo también quiero ir contigo. La verdad, Toby: has sembrado la duda en mi ánimo y...

—Bueno, yo estoy acostumbrado a tantear todas las posibilidades. Quizá *sir* Basil entregó la carta a alguien para que la echara al correo en una fecha determinada, pero también...

Dealer dejó la frase en suspenso. Jane entendió claramente lo que él no había dicho.

—Sospechas que pueda estar vivo, Toby.

—A decir verdad, sí. Pero eso solo lo podremos confirmar entrando en el panteón y levantando la tapa del ataúd.

—¿Cuándo iremos? —insistió ella.

En aquel momento, «Stim», que dormía plácidamente, levantó la cabeza y atiesó las orejas. Su cola empezó a menearse, golpeando con cierta fuerza la piel de oso, a la vez que un sordo gruñido brotaba de sus fauces.

Dealer miró al animal.

—¿Qué te sucede, «Stim»?

El perro se levantó de pronto. Su gruñido se hizo más amenazador.

Dealer comprendió en el acto.

—Cuidado, Jane —susurró—. Tiéndete en el suelo y no te muevas.

Ella obedeció en el acto. Dealer alcanzó el cordoncillo del interruptor de la lámpara y dio un tirón.

La sala quedó casi a oscuras, iluminada solamente por las llamas de la chimenea. Armado de su bastón, Dealer corrió hacia la ventana del lado de la fachada.

Las cortinas estaban corridas. Dealer las apartó ligeramente y miró a través de los vidrios.

Un hombre cruzaba la acera corriendo en aquellos momentos, bajo la

llovía, que seguía cayendo persistentemente. Aunque había un farol en las proximidades, el ala del sombrero, muy inclinada hacia adelante, daba la suficiente sombra en sus facciones para que resultase imposible distinguir el menor rasgo fisonómico.

El hombre corrió hasta un automóvil cercano. Subió al puesto del conductor, arrancó y se perdió de vista en contados segundos.

—¿Toby? —dijo Jane.

—Ya te puedes levantar. El espía se ha ido —anunció él.

—¿De veras nos estaban espiando? —preguntó Jane, aprensivamente.

—Sí. «Stim» supo advertirlo enseguida, aunque yo llegué a creer en el primer momento que se trataría de algo peor. Por eso te dije que te protegieras.

Jane estaba muy pálida.

—Toby, pero... ¿cómo pueden creer que yo sé algo, de este malhadado asunto, cuando lo cierto es que lo ignoro todo por completo? —exclamó, acongojadamente.

Dealer cargó su pipa y la encendió con una astilla de la chimenea.

—Desde luego, hay una cosa que, a mi entender, es la clave de todo este asunto: la carta que recibiste, citándote en la casa de Baldy Hill. Y tanto o más que por estar escrita con la letra de sir Basil, por el hecho de haberla recibido después de seis meses de su muerte. ¿Por qué esperar a aquella fecha precisamente?

—No lo sé, Toby —contestó la muchacha—; no se me ocurre la menor idea.

Dealer se quedó mirando al fuego fijamente durante algunos minutos. Luego, dijo:

—De todas formas, creo que mañana a estas horas habremos solucionado buena parte de nuestras dudas, Jane.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—En el panteón de *sir* Basil, Jane.

—Entonces, ¿insistes en mi idea?

—Sí, y no vamos esta misma noche porque aún no estoy preparado para ello, pero mañana dejaré todo listo para nuestra excursión al cementerio.

* * *

A media tarde del día siguiente, Toby Dealer recibió una llamada telefónica. Escuchó atentamente cosa de un par de minutos y después colgó el teléfono.

—Una pista falsa —suspiró.

—¿Cómo, Toby? —preguntó Jane.

—Encontré un puñal que me pareció sospechoso y se lo envié a un amigo mío, experto al servicio de la policía de Bear Springs. Primero, el

puñal no conservaba rastros de sangre humana. Segundo, no es el arma homicida.

—¿Y por qué tenía que conservar rastros de sangre? —se extrañó Jane—. Es de suponer que, tras cometer su crimen, el asesino lo limpiaría minuciosamente...

—Querida, cuando alguien apuñala a una persona, es muy raro que el arma homicida, por muy limpia que quede, no conserve manchas microscópicas de sangre. Esto aparte, el puñal que mató a Finkler era ligeramente más ancho que el que yo encontré. La diferencia de la anchura de las hojas respectivas estriba en unos tres milímetros, aproximadamente.

—Y, ¿dónde lo encontraste?

Dealer sonrió maliciosamente.

—Jane, voy a escudarme tras la socorrida frase del secreto profesional —contestó.

—Eh, que tú no eres ningún policía profesional —exclamó ella, en son de queja.

—Sí, pero también los hombres tenemos nuestros secretillos.

Jane sonrió también.

—De acuerdo. No te lo preguntaré más... aunque tú me lo dirás algún día. ¿Cuándo salimos para el cementerio? —preguntó, repentinamente.

—¿Tantas prisas tienes por ir?

—Lo que tengo son prisas por volver, y cuanto antes vayamos, antes volveremos. ¿O no recuerdas ese refrán de «los malos tragos, pasarlos cuanto antes»?

—Sí, pero es que cada cosa requiere su tiempo, y puesto que vamos a ir a escondidas, será preciso esperar a que esté dormido el vigilante del cementerio. A las doce de la noche —puntualizó Dealer, finalmente.

—¡Las doce! —se estremeció ella—. La hora de brujas, trasgos y fantasmas. ¿Nos encontraremos con el de *sir* Basil?

Dealer consultó su reloj. Ya empezaba a anochecer. Eran las cinco y media.

—Querida, dentro de seis horas y media lo sabremos —respondió.

* * *

Dealer detuvo el coche a unos trescientos metros de la loma en donde se hallaba situado el cementerio. Era una colina baja, de pendientes muy suaves, adornada con gran número de cipreses y otros árboles. No tenía valla ni tapia circundante y podía accederse a su recinto desde cualquier lugar.

Prudentemente, Dealer estacionó su auto fuera del camino que conducía al cementerio, dejándolo en un lugar donde no fuera posible encontrarlo a primera vista. Luego se apeó y tomó una bolsa con herramientas que había llevado *expreso*.

Había un guardián que vigilaba el cementerio y se encargaba de su conservación y que residía en una casita aislada situada a corta distancia. La noche era más bien fría y soplaban un vientecillo poco agradable. Dealer confió que el hombre estuviese acogido al agradable refugio de las sábanas.

Jane caminaba a su lado. La muchacha se había recogido el pelo con una cinta y llevaba pantalones y un grueso chaquetón de paño. A pesar de sus aprensiones, no daba muestras de temor.

Dealer encendió la linterna. Momentáneamente, llevaba el foco envuelto en una espesa gasa negra, que reducía considerablemente su resplandor. Pero ello les permitía ver el suelo que pisaban y, al mismo tiempo, impedía que la luz fuese advertida, a no ser que el observador se hallase a muy corta distancia.

Minutos más tarde, se detenían ante el panteón en donde estaba enterrado *sir* Basil.

Era una construcción de estilo clásico, el adecuado para tales edificaciones. Sobre el dintel de la entrada, una inscripción, grabada a cincel en la piedra clave del arco de medio punto que era la puerta, expresaba el nombre del ocupante del panteón y las fechas de nacimiento y muerte.

La verja era de hierro, simple, sin adornos innecesarios. Dealer tanteó uno de los batientes.

—Está cerrado —musitó.

Dejó la bolsa de las herramientas en el suelo y, acucillado, la abrió y examinó su interior con ayuda de la linterna, todavía enmascarada. Jane contemplaba sus acciones con el mayor interés.

Dealer extrajo unas ganzúas y empezó a tantear la cerradura. Dos minutos más tarde, se oyó un ligero chasquido.

—Paso libre —musitó el joven, sonriendo.

Empujó el batiente muy despacio. Al observar que las bisagras rechinaban, sacó una aceitera y las engrasó cuidadosamente.

—Ese chirrido sería capaz de despertar a *sir* Basil —dijo, de buen humor.

—No hagas bromas macabras —se enfadó la muchacha.

La puerta giró ahora sin el menor ruido. Dealer entró en el panteón.

El suelo estaba situado a un nivel inferior al del exterior y se accedía al panteón por medio de una escalera de cuatro peldaños. En su centro había un túmulo de mármol de color granate, sobre el cual se hallaba el féretro que contenía los restos de *sir* Basil.

Dealer quitó la gasa que cubría el foco. Ahora disponía ya de una mayor cantidad de luz.

El túmulo medía algo más de dos metros de longitud por uno y medio de anchura. A Dealer le pareció demasiado ancho, aunque no formuló

ninguna observación al respecto.

Examinó el ataúd. No ofrecía nada de particular, fuera de los herrajes y adornos propios de la decoración. A diferencia de muchos otros ataúdes, el de *sir* Basil carecía de la mirilla de cristal que permitía la observación de la cara del difunto.

Dos artísticas cerraduras sellaban el ataúd. Dealer las examinó cuidadosamente durante algunos segundos.

—No ofrecen grandes dificultades —dijo—. Jane, ¿quién tiene las llaves de este ataúd?

—Wilkes, supongo —dijo ella.

—Tal vez las envió a la familia de *sir* Basil —apuntó.

—Es muy posible, pero como debe de haber dos juegos, él se habrá quedado con uno, a fin de poder utilizarlas en una ocasión de emergencia.

—Sí, es lo más probable —admitió él.

Y sin perder más tiempo, se puso a trabajar.

Minutos más tarde, había concluido.

Las cerraduras, que semejaban artísticos pasadores de hierro, estaban abiertas.

Solo faltaba ya levantar la tapa del ataúd.

Entonces, Dealer sacó de la bolsa dos máscaras sanitarias y entregó una a la muchacha.

—Póntela —dijo.

Jane asintió. Demasiado comprendía la utilidad de aquellas máscaras.

Habían transcurrido ya seis meses desde la muerte de *sir* Basil. Era fácil suponer el estado en que debía de hallarse su cuerpo al cabo de tanto tiempo.

—Lista, Toby —dijo Jane, valerosamente, una vez se hubo colocado la máscara. El olor a desinfectante absorbería cualquier otro olor.

Dealer le entregó la lámpara. Luego tomó impulso y levantó la tapa del féretro.

Un grito de asombro se escapó de los labios de ambos jóvenes.

¡El ataúd estaba vacío!

CAPÍTULO VIII

Dealer llenó dos copas y entregó una a Jane. La muchacha tiritaba como si estuviera helada de frío.

Ya habían vuelto a la casa. Dealer había reavivado el fuego de la chimenea. A Jane no se le había pasado todavía la impresión recibida al ver vacío el ataúd.

—Está vivo, está vivo —repetía, una y otra vez.

—El doctor Carlson aseguró terminantemente que *sir* Basil había muerto. Tú misma dijiste que le tomaste el pulso y que su corazón había dejado de latir. Viste también su cuerpo en el momento del cierre del ataúd. Wilkes se encargó de cerrarlo y también cerró la puerta del panteón. Si *sir* Basil está vivo... confiaba en que alguien fuese más tarde a sacarlo de su encierro. ¿Quién fue esa persona, Jane?

—Te aseguro que no lo sé, Toby —contestó la muchacha. Ya empezaba a reaccionar.

Dealer se tomó su copa y cargó la pipa.

—Tendré que hablar con el conservador del cementerio —dijo.

—¿Sospechas que pueda ser cómplice?

—¿De quién, Jane?

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Te aseguro que no se me ocurre la menor idea, Toby —contestó.

Dealer empezó a pasearse de un lado para otro.

—Te aseguro, Jane, que cada momento que pasa, la hipótesis de que *sir* Basil está vivo se me hace más firme. Simuló su muerte, luego su cómplice le ayudó a escapar y... Pero ¿por qué? ¿Con qué objeto?

—Toby, ¿no crees que si consiguiéramos responder a esas preguntas, tendríamos ya resuelto este misterio?

Dealer asintió, a la vez que lanzaba un profundo suspiro.

—Sí —contestó—. Tienes razón, Jane. Y puesto que ya no podemos hacer nada, lo mejor será que nos vayamos a descansar un rato. Mañana por la mañana iré a hablar con Wilkes sobre el asunto de las llaves del panteón y del féretro.

Dealer vació su pipa, golpeándola contra una de las esquinas de la chimenea. Luego acompañó a Jane hasta la puerta de su habitación y le dio las buenas noches.

Entró en su habitación y empezó a desvestirse. «Stim», como de costumbre, subió y se echó sobre la piel que tenía a los pies de su cama.

Eran demasiados incidentes para que Dealer conciliase el sueño inmediatamente. A pesar de todo, al cabo de un rato se dio cuenta de que

iba a dormirse.

Entonces oyó que «Stim» gruñía sordamente. El sueño se le pasó en el acto.

Silenciosamente, sin encender la luz, echó a un lado las ropas de la cama, se puso la bata y metió los pies en unas zapatillas. A tientas, abrió el cajón de la mesilla.

Tenía allí un revólver de calibre .38 y cañón normal. Al lado había un silenciador.

«Stim» continuaba gruñendo. Dealer enroscó rápidamente el silenciador en el cañón del arma y se dirigió hacia la puerta.

El perro le siguió sin dejar de gruñir.

—¡Calla, «Stim»!

Los gruñidos del can cesaron en el acto. Pero su pelo continuaba erizado y meneaba la cola amenazadoramente.

Dealer abrió la puerta y atravesó el corredor. Todavía quedaban brasas en la chimenea. Para unos ojos habituados a la oscuridad, el resplandor que emitían era más que suficiente.

Abajo se oían unos ruidos extraños. De pronto, Dealer divisó una silueta que entraba en el salón a través de la ventana.

Alguien tropezó con un mueble. Se oyó una voz colérica:

—¡Ten más cuidado, imbécil!

—Es que no veo bien...

—Basta ya o no acabaremos nunca. El jefe quiere a la chica. A ver si te metes esta idea en la cabeza.

Dealer agarró el collar del perro con la mano izquierda. Desde lo alto de la escalera vio a los dos intrusos cruzar el salón silenciosamente.

—Debe de dormir arriba —dijo uno de ellos.

—Cuidado, el tipo es peligroso —contestó el otro.

Dealer sonrió. Los dos forajidos se acercaban ya a la base de la escalera.

—Soy un poco peligroso, en efecto —exclamó, a la vez que, con la misma mano que sostenía el revólver y tocaba el interruptor de la luz del pasillo superior.

Las tinieblas se disiparon en el acto. Bang y Augie se quedaron boquiabiertos de asombro.

—¿Suelto el perro? —preguntó Dealer, sonriendo irónicamente.

Durante unos segundos, los dos pandilleros contemplaron con estupefacción al hombre que se hallaba en lo alto de la escalera.

Luego, Furns se quejó:

—¡Maldición! ¡Bang, ya te dije que aquí es imposible entrar, mientras este tipo tenga un perro!

—Lo malo para ustedes es que tengo mucho afecto a «Stim» y no me desharé de él fácilmente —contestó Dealer—. ¿Qué les parece que hagamos? ¿Llamar a la policía? ¿Les gustaría ser objeto de una acusación

de secuestro?

—No hemos secuestrado a nadie, que yo sepa —refunfuñó Bang.

—Pero habían venido a por la chica, ¿no es cierto?

Bang cerró la boca fuertemente.

—No quiero contestar —gruñó.

Dealer señaló la ventana abierta con el cañón de su revólver.

—Salgan —ordenó—. La próxima vez, si son tan estúpidos como para intentarlo de nuevo, les recibiré a tiros.

Bang y Furns se resignaron. La amenaza del arma era demasiado evidente para que intentaran desobedecerla.

—Saluden a su jefe —dijo Dealer, cuando la pareja se dirigía ya hacia la ventana—. Y anuncíenle mi próxima visita.

Furns se volvió hacia el joven.

—Gargane tendrá mucho gusto en verle, créame —contestó.

—Resultará una entrevista muy agradable —admitió Dealer.

Los dos bandidos se marcharon por el mismo sitio que habían venido. En el fondo, se alegraban de haber salido tan bien librados.

Dealer regresó a la cama.

Estaba preocupado.

¿Por qué tenía Gargane tanto interés en la muchacha?

Era una pregunta, se dijo, que solo el propio interesado podría responder. Tranquilo ya, seguro de que los pandilleros no volverían, regresó a su dormitorio.

Acarició la cabeza del can antes de meterse en la cama.

—Gracias, «Stim» —dijo, como si el animal pudiera escucharle—. En verdad, no sé qué habría hecho yo sin ti.

Seguramente, no habría podido impedir el rapto de Jane. Y entonces se dijo que le habría sabido muy mal verse privado de la compañía de la muchacha.

* * *

Thomas Wilkes no sabía si echarse a reír o indignarse cuando el joven le comunicó sus sospechas.

—¡Qué disparate! ¡*Sir* Basil está en su tumba! ¡Pues no faltaría más! Toby, aún no ha llegado el ángel con la trompeta para resucitar a los muertos.

Dealer, astutamente, le había ocultado la excursión de la víspera al cementerio.

Solo quería conocer el paradero de las llaves.

—*Sir* Basil era un bromista de marca —declaró el abogado—. Por tanto, encargó a alguien que echase al correo la carta para su antigua enfermera. Eso es todo, simplemente.

—Muy bien, admitámoslo —contestó Dealer—. Pero ¿con qué objeto?

¿Por qué hizo que Jane acudiera a la casa de Baldy Hill determinado día y a determinada hora?

Wilkes se encogió de hombros.

—No lo sé, Toby —respondió—. Para mí es un enigma y no encuentro una explicación adecuada.

—*Sir* Basil estaba en buena posición, aunque no fuese lo que se dice un ricachón. ¿No dejó alguna suma importante escondida en algún rincón de la casa de Baldy Hill?

El abogado hizo un gesto con las manos, a la vez que se encogía de hombros.

—¿Qué podría contestar, Toby? —dijo—. Era un bromista, pero también un chiflado. De aquel hombre, todo podía esperarse... pero, aunque se diera ese caso, cualquier suma superior a cuarenta o cincuenta mil dólares resultaría algo absurdo y fuera de lugar, dados sus bienes de fortuna y lo que legó en su testamento, y que los herederos, naturalmente, han percibido ya.

—¿A cuánto ascendía la herencia, en total? —quiso saber Dealer.

—En cifras redondas, setenta y ocho mil dólares. Descontando gastos, impuestos y las mandas que dejó, su familia vino a recibir, limpios, unos cincuenta mil. Y que yo sepa, puesto que administraba sus bienes, no tenía más capital, Toby.

Dealer esbozó una sonrisa.

—En resumen, que es inútil pensar en el clásico tesoro escondido en la casa de Baldy Hill.

—Así me lo parece a mí, Toby —respondió el abogado.

—Esto es un poco extraño... Tom, dime, ¿es cierto que fuiste tú el último que salió del panteón después de dejar allí el cadáver de *sir* Basil?

—Sí, desde luego. Yo salí el último, tras haber cerrado el ataúd y la verja...

—Entonces, guardarás las llaves, ¿no?

—Verás, se las envié a la familia, a Inglaterra. Me pareció un acto delicado; a fin de cuentas, tienen aquí un pariente enterrado. Pero si tanto te interesa, ¿por qué no vas a Samuels y le pides las otras llaves? Hay dos juegos y Samuels, como conservador del cementerio, guarda uno.

—¿Se llama Samuels el conservador del cementerio?

—Sí, Don Samuels —corroboró Wilkes.

—Gracias. Tal vez vaya a hacerle una visita —mientras hablaba, Dealer estaba cargando su pipa. De pronto, se dio cuenta de que no tenía cerillas—. Dame fuego, por favor, Tom.

El abogado le entregó una tira de fósforos. Para sorpresa suya, Dealer vio en la solapa el retrato de Beryl Hendrix. Al otro lado había un anuncio de *The Bomb*.

—¡Caramba! —exclamó—. No sabía que te gustase asistir a lugares tan

frívolos, Tom.

El abogado sonrió.

—No soy un monje enclaustrado —contestó—. Trabajo mucho y, de cuando en cuando, me gusta aligerar la mente de preocupaciones. Me dieron esa tira de fósforos la última vez que estuve allí.

—Comprendo. Gracias por todo, Tom.

Dealer dejó los fósforos sobre la mesa y se puso en pie, lanzando espesas bocanadas de humo.

—Cualquier día me decidiré yo a ir a escuchar a esa cantante —manifestó—. Dicen que es muy buena.

Wilkes le guiñó un ojo.

—En todos los sentidos, Toby —contestó, maliciosamente.

* * *

Muck Seydl se disponía a encender un cigarrillo cuando vio ante sí la figura de Toby Dealer. El pandillero casi se tragó el tubito de papel y tabaco, y luego, tan aturdido estaba, que se olvidó de que tenía la cerilla encendida, hasta que la llama le quemó los dedos.

Entonces dio un respingo y soltó una maldición. Dealer le apuntó con el bastón.

—Anúnciame a tu jefe, esclavo —dijo, altisonantemente.

—Yo no soy esclavo de nadie —barbotó Seydl, ofendidísimo—. Y no vuelva a insultarme o...

—Esbirro abyecto, cumple mis órdenes o morirás en el acto. ¿Ves este bastón? —le apuntó con él al centro del pecho—. Parece un bastón, pero es una escopeta. Retrásate tan solo cinco segundos en hacer lo que te he dicho y una bala paralizará en el acto tu negro corazón. ¡Vivo, lacayo!

Seydl se quedó de piedra. Aquel tipo podía decir la verdad. ¿Y si el bastón era en realidad un arma de fuego?

—Está bien —gruñó. Abrió la puerta que custodiaba con la fidelidad de un can y entró en la estancia contigua. Momentos después, volvía a salir—. El señor Gargane accederá a recibirle inmediatamente —anunció.

—Muy bien, pero retira eso de «señor». Di Gargane a secas... y luego enjuágate la boca con desinfectante.

Seydl se puso verde de rabia.

—Un día le daré...

Dealer le sacó la lengua. Sin hacer caso de sus protestas, entró en el despacho de Gargane y se encontró frente a la boca de una automática calibre .45.

—Muck me ha dicho que ese bastón dispara balas —gruñó Gargane—. Déjelo o le parto la cabeza de un balazo.

Dealer sonrió.

—Muck se traga todos los cuentos que le echen —contestó—. Pero si

tanto miedo tiene de este bastón...

Lo dejó caer sobre la alfombra y levantó ambas manos.

—¿Le parece bien así? —preguntó.

—Magnífico —aprobó el forajido—. Ahora desembuche, pero no me largue un cuento de una hora de duración. Tengo mi tiempo tasado, ¿sabe?

—Oh, claro, la distribución de drogas, los atracos, los asaltos y la administración de casas de vicio y de juego y otros lugares poco recomendables, le absorben todo su tiempo. Envidio a los hombres trabajadores, créame, Gargane.

—Menos cuento —refunfuñó el aludido—. Menos cuento y dígame pronto a qué ha venido aquí.

—Simplemente, a anunciarle que si vuelven a intentar de nuevo secuestrar a la señorita Potts, vendré a verle y le romperé las costillas a bastonazos.

CAPÍTULO IX

Hubo un momento de silencio. Luego, de repente, Gargane se echó a reír.

—¡Amenazarme a mí! —exclamó—. Se atreve a amenazarme... ¿Es que se ha vuelto loco? Porque alguna vez haya conseguido burlarnos, ¿se cree que lo va a lograr siempre? Escuche, maldito entrometido: apártese de mi camino o le aplastaré como si fuese una hormiga. ¿Me ha comprendido bien? Y ahora, largo de aquí o...

Dealer no se inmutó. Avanzó dos pasos y se sentó en un ángulo de la mesa, de tal modo que la boca del arma rozaba casi su costado derecho.

—No tan de prisa, hermano —contestó—. He venido a hablar con usted y no me irá sin conseguirlo.

—Si antes de diez segundos no...

El joven se metió las manos en los bolsillos y sacó la pipa y la bolsita de tabaco. Con singular desparpajo, empezó a cargar la pipa, a la vez que decía:

—No se le puede acusar a usted de descortés con las visitas. Su amabilidad hace estremecer las entrañas de pura gratitud. ¿Por qué tiene tanto interés en la casa de Baldy Hill, Gargane?

—Eso no le importa a usted en absoluto.

—Es posible, pero como merodea en torno a Jane Potts, resulta que el asunto sí me importa... —de pronto, soltó una exclamación—: ¿Dónde diablos me habré dejado yo las cerillas? Ah, sí, están aquí... Soy tan distraído —agregó, con una sonrisa, mientras frotaba el primer fósforo contra el rascador.

Al terminar, sopló la llama y dejó el fósforo apagado sobre un cenicero. Gargane le contemplaba, dominando difícilmente la cólera que sentía.

—Esa pistola tan cerca no me gusta —se quejó Dealer. Y, de pronto, la cogió con dos dedos y desvió el cañón, aunque Gargane no soltó el arma—. Apunte para otro lado, ¿quiere?

—Apuntaré donde me dé la gana —vociferó el pandillero, descompuestamente—. ¡Váyase de una vez! Estoy harto ya...

Dealer, con la pipa entre los dientes, sonrió, a la vez que movía el índice amenazadoramente.

—Cuidado —advirtió—. No apriete el gatillo o le reventará el cañón. Sin que usted se diera cuenta, lo he tapado con una bola de masilla. ¿Se imagina lo que sucedería si intentase disparar ahora?

Gargane soltó una maldición. Instintivamente, volvió el cañón del arma hacia sí, a fin de examinar la boca del cañón.

Cayó en la trampa que le tendía su visitante. La mano de Dealer se movió fulgurantemente y golpeó la pistola, lanzándola a un rincón.

Gargane se puso en pie, ebrio de ira. Saltó hacia adelante y se inclinó para recoger el arma.

Era lo que el joven esperaba. Dealer elevó el pie y lo aplicó contra el carnoso final de la espalda del forajido. Gargane resultó proyectado hacia adelante con tremenda fuerza, su cabeza chocó contra la pared y luego cayó al suelo, aturdido en parte.

Dealer recogió tranquilamente el arma y se la guardó. A continuación recobró el bastón y esperó a que Gargane se pusiera en pie, mascullando maldiciones de todo género.

—Reserve su aliento para empresas más nobles —dijo, severamente—. Y una de ellas consiste en declarar el interés que siente usted por la casa de Baldy Hill.

Gargane apretó los labios.

—No le diré nada, aunque...

El bastón le golpeó en una mano. Gargane lanzó un aullido de dolor.

—¡Conteste! —exigió Dealer, severamente.

—¡Maldito! ¡Voy a llamar a...!

El bastón se puso horizontal.

—Grite y será lo último que haga en su vida —amenazó el joven—. Responda a mi pregunta. ¿Qué intereses tiene usted en Baldy Hill?

Gargane reflexionó unos momentos.

A fin de cuentas, no se comprometía a mucho diciendo lo que sabía.

—El inglés y yo éramos socios —declaró, sorprendentemente—. Cuando la diñó, me debía un cuarto de millón. El dinero no está en ningún banco, así que a la fuerza debe de haberlo escondido en algún rincón de su casa.

* * *

El asombro paralizó a Dealer durante unos segundos. Cualquier cosa habría podido esperar, menos la sorprendente declaración que acababa de escuchar.

—¿Usted y... *sir* Basil eran socios?

—Sí, pero nadie lo sabía —gruñó Gargane, frotándose los nudillos doloridos.

—Bien, de acuerdo; era una asociación secreta. Pero ¿qué tiene eso que ver con Jane Potts?

—Bueno, era su enfermera y el inglés tenía mucha confianza con ella. Es posible que la chica sepa algo, ¿no le parece?

—Pues no, no sabe nada, y... Pero ¿por qué diablos tardó tanto tiempo en ir a la casa de Baldy Hill? Es decir, en enviar a sus secuaces allí.

—Es que yo creía que había enviado el dinero a su familia de

Inglaterra, Entonces me enteré de que un tipo le había instalado en su casa una caja fuerte...

—¿No le escribió *sir* Basil una carta citándole aquel día y a la misma hora?

Gargane apretó los labios.

Dealer supo así que su pregunta había dado en el blanco.

—Vamos, conteste —pidió, sonriendo.

—Bien, sí, recibí esa carta... pero creí que se trataba de una broma. Lo cierto es que yo había conocido ya la existencia de esa caja fuerte y por eso envié a tres de mis hombres...

—Pero fracasaron el primer día.

—Sí, se asustaron y luego decidí ir yo en persona.

—Y se encontró con el puño que salía de la caja.

Gargane soltó una maldición.

—Fue una, condenada broma —gruñó—. Allí no había nada.

—En alguna parte estará ese dinero, ¿no cree?

El pandillero se encogió de hombros.

—¡El diablo lo sabe! —barbotó—. Ya me he resignado a perder ese cuarto de millón.

—Está mintiendo, pero me es igual. Lo único que quiero es que deje de molestar a Jane Potts —Dealer blandió el bastón amenazadoramente—. Si la toca, se las entenderá conmigo y entonces haré algo más que darle unos cuantos golpes.

Acto seguido, se dirigió hacia la puerta.

—Ya lo sabe —dijo desde allí—. Olvide a la señorita Potts o le costará caro.

Abrió la puerta. Seydl se enderezó vivamente.

Dealer sonrió.

—Es un feo vicio ese de escuchar por el ojo de la cerradura —dijo, plazeramente—. ¿Por qué no entra y le pide a su jefe que le cuente lo que hemos hablado?

El rostro de Seydl estaba rojo como la grana. Sin hacer caso de su aturdimiento, ni mucho menos de las maldiciones que sonaban a sus espaldas, Dealer cruzó la estancia y salió al corredor.

Winney, Bang y Furns salían en aquel momento del ascensor, Los tres pandilleros se quedaron atónitos al verle allí.

—Su jefe les llama —dijo—. Ha sufrido un ataque cardíaco y está muy mal. Corran a auxiliarle...

Los rufianes echaron a correr en el acto. Dealer soltó una carcajada y se metió en el ascensor. Sin ser molestado, salió del edificio, montó en su automóvil y emprendió el regreso a su casa.

Jane le recibió con una noticia sorprendente.

—¡He vuelto a tener carta de *sir* Basil! —exclamó blandiendo un papel con la mano derecha.

—Este *sir* Basil... —murmuró el joven—. A ver, dame la carta.

Su vista resbaló rápidamente por los renglones escritos con una letra que ya conocía de sobras:

«Hoy, a las tres en punto de la tarde, procura estar en la cabaña de Black Tower Ridge. Le aseguro que verá algo muy interesante. ¡No falte, se lo recomiendo!».

Dealer fijó los ojos en la cara de Jane.

—¿Dónde está esa cabaña? —preguntó.

—A unos treinta kilómetros de Bear Springs —contestó ella—. *Sir* Basil solía ir allí en la época más fuerte del verano. Le sentaba muy bien para su enfermedad.

—Black Tower Ridge —repitió él, pensativamente—. Conozco un poco el lugar...

—Yo sé el camino —dijo Jane, significativamente.

—Lo cual quiere decir que vas a venir conmigo.

—Sí.

Dealer apreció la rotundidad del monosílabo. Consultó su reloj y dijo:

—Son la una y media. Tenemos tiempo, Jane. Vamos a comer un poco; estoy desfallecido de hambre.

Mientras comían, Dealer relató a la muchacha el resultado de sus gestiones. Jane se sintió muy asombrada al conocer las relaciones que habían unido a *sir* Basil con el jefe de los pandilleros.

—No me lo hubiera sospechado jamás —dijo—. Me siento decepcionada, Toby, créeme. *Sir* Basil era, bromas aparte, un cumplido caballero...

—Al cual no le importaba ganar dinero por métodos turbios, cuando no criminales. Pero de eso no tienes tú la culpa —la consoló el joven.

Luego, preguntó:

—¿Qué tal está la carretera? Hace tantos años que no he estado por Black Tower Ridge...

—Yo estuve el año pasado y se podía circular sin dificultades —contestó la muchacha.

Dealer consultó el reloj.

—Ya pasan de las dos. Tenemos el tiempo justo, Jane —dijo.

—Me arreglaré un poco —contestó ella—. Estaré lista dentro de cinco minutos.

Jane fue puntual. A las dos y cuarto, Dealer ponía el automóvil en marcha.

A veinte kilómetros de la ciudad, se desviaron por una carretera secundaria. No tardaron mucho en ver a lo lejos su punto de destino.

Era un cerro rocoso, de forma alargada, con abundancia de riscos y farallones que caían a plomo. Predominaban los basaltos y las pizarras, y hacia su mitad, un saliente pétreo componía, visto desde lejos, la vaga imagen de una torre fortificada. La roca medía unos treinta y cinco o cuarenta metros de altura, por una anchura análoga, y era casi toda de basalto.

El color oscuro de las rocas había dado su nombre al lugar: el cerro de Torre Negra. El paisaje, sin embargo, no dejaba de tener su encanto, puesto que al pie de los farallones, cuya altura media era de unos cincuenta o sesenta metros, se iniciaba una extensa ladera cubierta de arbolado. Un arroyo, que nacía en la meseta superior, saltaba por los riscos y serpenteaba luego por la ladera, hasta perderse en el valle.

—Allí está la cabaña —dijo la joven, de pronto.

Dealer se apartó de la carretera y tomó por un caminito que conducía directamente a la residencia veraniega. En el pavimento se notaban los efectos de las últimas lluvias y el viaje se hizo más duro en los últimos tramos.

La cabaña apareció al fin a la vista de la pareja, situada no lejos del farallón y en un claro del bosque. Su aspecto era de cierta rusticidad, pero solo aparente. Era claro que en el interior se debía de gozar de todas las comodidades.

—En la parte de atrás hay un cobertizo para los vehículos —indicó Jane.

Dealer condujo el automóvil hasta el lugar indicado.

Cortó el contacto y examinó el lugar sin apearse todavía del vehículo.

—Muy bonito, pero desolado en invierno —dijo.

—Cuando nieva es encantador —alegó ella.

—Puede —admitió él, volublemente—. ¿Entramos?

Jane asintió.

—Usaremos la puerta trasera —aconsejó.

—Me parece muy bien —aprobó Dealer.

Salieron del coche. Dealer se acercó a la fachada posterior y probó el picaporte.

—Bien, esto me ahorra tener que usar mis ganzúas —dijo, cuando vio que el picaporte giraba sin dificultades.

—¿Las usabas mucho durante tus andanzas de agente secreto? —preguntó Jane.

—A veces... aunque más bien las sé manejar porque nos entrenaron para ello, que no porque cuando desempeño una misión me pase el día abriendo y cerrando puertas cerradas con llave. A veces se corren riesgos, es cierto —agregó Dealer—, pero la inmensa mayoría de las veces, una

misión consiste en seguir a un tipo por todas partes... y en consumir dosis inacabables de paciencia.

La puerta posterior daba a la cocina. Dealer la cruzó y abrió la puerta que permitía el paso al resto del edificio.

Entonces, un lejano sonido cortó el profundo silencio que reinaba en aquellos parajes.

—¡Viene alguien! —exclamó Jane, asustada.

Dealer atravesó a la carrera el gran salón de la parte delantera y se asomó a una de las ventanas. Un automóvil acababa de aparecer en aquellos momentos por la entrada del camino que desembocaba en la explanada delantera.

El coche se detuvo a unos veinte metros de la casa.

—¡Son ellos! —masculló Dealer—. Si vienen aquí...

—¡Arriba hay un pequeño desván! —indicó Jane.

Dealer la agarró por la mano.

—¡Vamos, no perdamos más tiempo! —exclamó—. Guíame tú, que conoces la casa.

Jane echó a correr. Dealer la siguió, sin soltar su bastón. A veces, todavía lo necesitaba y no solamente como arma ofensiva.

CAPÍTULO X

Muck Seydl sacó un pañuelo, se quitó el sombrero y se limpió el abundante sudor que cubría su frente.

—Este silencio impresiona —dijo.

—¿Vas a decirme que tienes miedo? —exclamó Gargane, en tono burlón—. ¡Vamos, adentro!

Y echó a andar resueltamente, seguido por Seydl, Bang y Furns.

De pronto, Bang agarró el brazo de Gargane.

—¡Cuidado, jefe! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó el pandillero, de mal humor.

—Me acuerdo de las trampas de Baldy Hill —contestó Bang—. Fíjese en ese trozo del sendero que lleva a la casa. ¿No le parece que está demasiado limpio?

Gargane frunció el ceño.

—Puede que tengas razón y sea de verdad una trampa —súbitamente, divisó un gran pedrusco situado a un paso del camino—. Muck, coge esa piedra y tirla ahí. De este modo, veremos lo que pasa.

—Bien, jefe.

Seydl se salió del camino y se inclinó. Agarró la piedra con ambas manos y tiró hacia arriba.

La piedra permaneció quieta.

—¡Diablos, cómo pesa! —comentó, asombrado.

—Pero ¿es que no puedes tú levantar ese pedrusco? —exclamó Gargane, irritado.

—Jefe, yo...

Seydl hizo fuerzas nuevamente, con el mismo resultado. Gargane se impacientó.

—¡Estúpido! —gruñó—. Un chiquillo podría hacerlo fácilmente... ¡Aparta, idiota!

—Bueno, jefe, si se lo toma así... —rezongó el hércules, sumamente ofendido.

Gargane tiró a un lado el cigarrillo que estaba fumando. Agarró la piedra y tiró con fuerza hacia arriba.

Un chorro de agua salió de pronto y le dio en pleno rostro, cegándole por completo y mojándole la parte superior del cuerpo. Arriba, asomados cautelosamente a una pequeña ventana del desván, Dealer y Jane soltaron el trapo de la risa.

—Empiezo a sospechar que *sir* Basil es un humorista de marca —dijo el joven.

Gargane estaba loco de rabia. Se limpió la cara con un pañuelo y miró furiosamente a sus secuaces.

Ninguno reía; no se atrevían, aunque ganas no les faltaban. Gargane hinchó el pecho y señaló hacia la casa.

—¡Andando! ¡Por fuera del camino; así evitaremos las trampas! —indicó.

Y rompió la marcha, caminando a grandes zancadas. Apenas había dado diez pasos, se hundió en un hoyo habilísimamente disimulado.

—¡Rayos! —dijo Dealer—. La trampa estaba fuera del camino.

Gargane había desaparecido por completo. Pero su desaparición duró un segundo escasamente. De pronto, surgió, ascendiendo con terrible ímpetu. Voló un par de metros en el aire y luego aterrizó pesadamente sobre un espeso matorral.

Jane reía a mandíbula batiente.

—Me va a dar algo —decía la muchacha, apretándose los costados con las manos. Era fácil de comprender que el fondo del hoyo no era sino una plataforma, conectada a una serie de potentísimos muelles, los que, al ser liberados automáticamente los retenes, habían disparado hacia arriba al incauto que había caído en la trampa tan hábilmente preparada.

Gargane bramaba como un poseído. Auxiliado por sus compinches, se puso en pie, vomitando una inacabable serie de maldiciones. Como se diera cuenta de que Bang no podía disimular más sus ganas de reír, la emprendió a patadas con el sujeto, siguiéndole una docena de pasos, hasta la escalera que daba acceso a la pequeña veranda de la residencia.

Allí se detuvo, jadeante y sin aliento, empapado de agua desde el cuello hasta más abajo de la camisa. Su mano señaló iracundamente la puerta de la cabaña.

—¡Abre! —rugió.

Bang asintió, tragando saliva. Paso a paso, subió los cuatro peldaños de la escalera y se acercó a la puerta.

Tanteó el pomo y lo hizo girar. Empujó suavemente hasta hacer girar la puerta en un ángulo de noventa grados.

Asomó la cabeza un instante. Luego, se volvió hacia su jefe.

—No se ve a nadie...

—¡Entra y registra la casa! —bramó Gargane—. ¡Y al primero que veas, fríelo a balazos!

Bang giró de nuevo. Entonces, la puerta, volteando con terrible fuerza, le dio de lleno en la cara, derribándole de espaldas. El pistolero lanzó un rugido de dolor, mientras caía con los pies por alto.

Gargane enloqueció de rabia. Sacó su pistola y disparó cuatro o cinco veces contra la puerta. Bang, aterrado, escapó arrastrándose.

La puerta cayó de pronto hacia adentro, como si no hubiese tenido bisagras y los proyectiles la hubieran derribado. Arriba, Dealer y la

muchacha oyeron los tiros y se asustaron un poco, ella sobre todo.

—¿A quién disparan? —preguntó Jane.

—No lo sé. Confío en que no se les ocurra pensar en el desván...

—Si registran toda la casa, nos vamos a ver en un aprieto, Toby —murmuró ella.

El cuarteto estaba detenido ante la puerta. Ninguno se atrevía a franquear el umbral.

—¿Nos hemos convertido en unos cobardes? —dijo Gargane, rabiosamente.

Miró a sus secuaces. Ninguno de ellos daba señales de atreverse a entrar en el edificio.

—Está bien, lo haré yo. Pandilla de inútiles... —farfulló, a la vez que ascendía los escalones. Era el jefe y tenía que dar ejemplo, aunque no las tenía todas consigo.

Pisó la puerta caída en el suelo y acribillada a balazos. Miró a derecha e izquierda y respiró aliviado al ver que no sucedía nada de particular.

—Vamos, entrad, estúpidos —gruñó.

Los tres pandilleros se decidieron a penetrar en la casa.

—¿Qué espera encontrar aquí, jefe? —preguntó Winney.

—Eso es cuenta mía —respondió Gargane, de mal talante—. Lo que hay que hacer es registrar la cabaña hasta los cimientos. Procurad fijarse bien en los sitios que suenen a hueco, eso es todo. ¡Vamos, gandules!

Los pandilleros se dispersaron por el interior del edificio. Dealer se dispuso a usar el bastón.

—Alguno encontrará la escalera que conduce al desván —susurró, al oído de la muchacha.

El desván no tenía puerta. Se accedía a él por una trampa practicada en el suelo, que era, a la vez, techo, visto desde abajo. Dealer se situó junto a la trampa, pero al lado contrario de su sentido de giro.

Hizo una señal con la mano. Jane se puso a su lado.

—No hagas ruido —musitó—. Creo que ya sube alguien.

Se oían pasos en la escalera. De pronto, la trampa se abrió.

Bang paseó la mirada a su alrededor. Hizo una mueca y, a media voz, rezongó:

—Bah, está vacío.

Y emprendió el descenso de nuevo, con gran alivio de la pareja.

—¡Uf! ¡He pasado un miedo espantoso! —confesó Jane.

—No había para tanto, aunque ha sido mejor que ese tipo no nos haya visto —sonrió Dealer.

Abajo continuaban oyéndose ruidos. Los pandilleros golpeaban constantemente las paredes en busca de un hueco.

De pronto, se oyó una voz que surgía de un altoparlante disimulado en uno de los muros:

—Estás perdiendo el tiempo, Phil Gargane. No esperes encontrar aquí el cuarto de millón que tú dices te adeudaba. No lo busques aquí, porque no lo encontrarás jamás.

Gargane se volvió loco de rabia.

—¿Por qué no sales, maldito? —chilló—. Vamos, da la cara y no te escondas. ¿Dónde te has metido, bastardo del demonio?

—¿Acaso no sabes dónde estoy? ¿Es que ya no recuerdas que estoy muerto? Te hablo desde el más allá, Gargane... pero también te veo y me divierto enormemente viéndote buscar algo que, repito, no encontrarás nunca. Los doscientos cincuenta mil dólares se evaporaron. Despídete de ellos para siempre.

La voz parecía salir de la chimenea. Gargane perdió los estribos y disparó dos veces contra el testero de piedra. Las balas rebotaron agudamente, asustando a Seydl, que estaba al lado del pandillero.

—¡Cuidado, jefe! —advirtió.

—¡Lárgate de aquí si tienes miedo! —contestó Gargane, descompuestamente. Disparó el último tiro del cargador y puso otro nuevo en el arma—. ¿Por qué no sales de aquí, maldito? —vociferó.

—¿Cómo voy a salir, si estoy en mi tumba? Es una lástima que sea tan pequeña; de lo contrario, tú me harías compañía —contestó la voz—. Aunque puede que quepas; tendrán que recogerte con una pala... después de que haya estallado la dinamita que he puesto bajo el suelo de la casa.

—¡Rayos! —dijo Bang, lívido como un difunto.

—¿E... es verdad eso? —preguntó Winney, tartamudeando.

—Verdad. La dinamita estallará dentro de quince segundos... No, catorce... Ya solo quedan trece... ¡Doce! ¡Once! ¡Diez! ¡Nueve!

Poseídos por un pánico espantoso, los bandidos se lanzaron hacia la puerta. Gargane fue el primero, pero cayó al suelo y resultó pisoteado por sus secuaces, quienes lo atropellaron despiadadamente, en sus ansias por huir de la que estimaban inminente explosión.

Jane se asustó muchísimo. Instintivamente, se abrazó a Dealer.

—Toby, la casa va a volar —exclamó.

—No lo creo —respondió el joven—. Debe ser una nueva broma... y en todo caso, ya no tendríamos tiempo de escapar. ¡Mira!

Abajo, la misteriosa voz seguía contando los segundos. Desde la ventana, los dos jóvenes podían ver la enloquecida carrera de los rufianes en busca del automóvil.

La voz contó el último segundo, pero no se produjo la temida explosión. Los forajidos, sin embargo, no oyeron el final de la cuenta; ya estaban atropellándose por entrar en el automóvil.

Gargane corría el último, apostrofándoles a voz en cuello. De pronto, ciego por la cólera, sacó de nuevo la pistola y la emprendió a tiros con los fugitivos.

Winney lanzó un grito convulsivo y cayó de espaldas. Bang sintió en el brazo izquierdo la quemadura de una bala y, furioso, desfundó la pistola.

Una bala se estrelló contra la carrocería del coche. Bang se agachó y abrió el fuego.

Dos proyectiles alcanzaron a Gargane en el estómago. El bandido dio un enorme traspíe y rodó por el suelo, después de una gran voltereta.

Se oyó una homérica carcajada.

—Una hermosa burla, ¿verdad, Gargane? ¡Morir a manos de uno de tus secuaces! ¡Qué ironía!

Gargane hizo un poderoso esfuerzo y se sentó en el suelo, con la cara contraída por el dolor. Levantó la pistola y apuntó a Bang.

—No, no lo haga, jefe —dijo el rufián, aterrado por su acción.

Pero Gargane se esforzaba por afinar la puntería.

—¡No me obligue a disparar de nuevo! —suplicó Bang—. Aún hay tiempo; puedo ir en busca de un médico...

Gargane disparó una vez. La bala, falta de puntería, pasó alta.

Aquello fue suficiente para Bang. El pistolero se dijo que, a fin de cuentas, jefe o no, era su vida la que estaba en peligro.

Apretó el gatillo. La cabeza, de Gargane, alcanzada de lleno por el proyectil, osciló violentamente un par de veces. Luego, el *gangster*, lentamente, se inclinó a un lado, hasta quedar tendido en el suelo.

Jane estaba aterrada. Nunca había visto una cosa semejante.

En cuanto a Dealer, se sentía perplejo. Acostumbrado por su profesión a la violencia, le extrañaba, sin embargo, todo lo que sucedía a pocos pasos de distancia.

Bang se volvió hacia el gigante.

—Tuve que hacerlo —gimió—. Él me obligó... Empezó a tiros con nosotros... Mató al pobre Lem Winney...

Seydl asintió pesadamente.

—Él se lo buscó —dijo, en tono sombrío—. Pero ahora, lo que convendría es que nos largásemos de aquí cuanto antes.

—Echarán de menos al jefe —dijo Bang.

Seydl se encogió de hombros.

—¿Y qué? Nosotros podemos largarnos de aquí y nadie nos relacionará con lo sucedido. Además, fíjate, se trataba de doscientos cincuenta mil y el muy zorro no nos había dicho ni palabra.

—En eso tienes razón —convino Bang, que ya empezaba a recuperarse—. ¿Y si buscásemos nosotros ese dinero por nuestra cuenta?

—¿En la casa?

Bang se estremeció.

—Allí no —dijo—. Ahí no puede estar. Aquel maldito inglés lo escondió en otro sitio... en la casa de Baldy Hill. Debemos ir allí y removerla hasta

los cimientos, Muck.

—No me gusta, Bang —se quejó el gigante.

Bang abrió la portezuela del auto.

—¡Pues entonces, ahí te quedas! —dijo—. Condenado, mira que herirme a mí, uno de sus más fieles...

—¿Es mucho? —preguntó Seydl, con interés.

—No tiene importancia; un simple rasguño en el brazo. Pronto dejará de sangrar. Anda, sube, rápido.

Seydl dio la vuelta al auto para situarse junto al conductor. En aquel momento, Bang hacía girar la llave de contacto.

Entonces fue cuando se produjo la explosión y el coche voló en mil pedazos con atronador estrépito.

CAPÍTULO XI

El viento hacía ondear la columna de humo que brotaba del automóvil incendiado. Dentro se consumían los restos de dos hombres.

El silencio era absoluto. Jane parecía a punto de desmayarse.

Dealer pasó un brazo por encima de sus hombros, tratando de consolarla.

—Anímate —murmuró—. Todo ha pasado ya.

—Pero... ha sido tan terrible —sollozó la muchacha.

Dealer la empujó suavemente hacia la escalera.

—Vayámonos de aquí. Será preciso dar cuenta a la policía —dijo.

—Nos interrogarán...

—Yo me ocuparé de esa parte del asunto, no temas —la tranquilizó él—. Anda, vamos.

Ayudó a la muchacha a descender a la planta baja. Una vez allí, miró a derecha e izquierda.

—Jane, ¿sabes dónde hay algo de beber? —preguntó—. Creo que una copa nos sentaría bien...

—En la cocina solía haber un frasco con aguardiente —contestó ella.

—Muy bien. Siéntate y no te muevas.

Dealer se alejó hacia la cocina y volvió a los pocos minutos con el frasco y dos vasos. Entregó uno a la muchacha y puso en él dos dedos de aguardiente.

—Bebe despacio, es muy fuerte.

—Lo sé —contestó ella, sonriendo tristemente—. A *sir* Basil le gustaba mucho, pero lamentaba que su enfermedad no le permitiera probarlo.

—Pues... para padecer del corazón, hay que ver lo mucho que se está moviendo últimamente. A los cardíacos les recomiendan mucho reposo, ¿no es cierto, Jane?

—Sí, Toby. Pero... ¿estás seguro de que está vivo?

Dealer probó el licor de su vaso y chasqueó la lengua.

—Si está muerto, es preciso reconocer que su fantasma es muy activo —contestó. Terminó el licor y dijo—: Creo que es hora de emprender el regreso, querida.

—Sí, Toby.

Jane se puso en pie. Entonces, se oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Jane!

La muchacha se estremeció y se abrazó a Dealer.

—Contesta —susurró él, hablándola al oído.

—¡Jane! ¿Me oye? —insistió la voz.

—Sí, le oigo perfectamente. ¿Es usted *sir* Basil?

—El mismo, querida muchacha. Te extraña oírme hablar después de que me dejaste en el panteón del cementerio de Bear Springs, ¿no es cierto?

—Hay otras cosas que me extrañan mucho más, *sir* Basil —dijo la muchacha—. Esta vez, sus bromas se han pasado de la raya.

—Siento haberte asustado, pero no debes llorar demasiado a esos buitres. Han tenido lo que se merecían. Hubieran acabado así un día u otro.

—Sí, pero, ¿por qué no dejó usted que fuese la justicia la que se encargase de su castigo?

—Era un asunto particular entre Gargane y yo. La verdad, debí hacerlo antes de morirme.

—Y antes de matarlos, ha querido divertirse a costa de ellos.

—¿No le han gustado mis bromas? Eran verdaderamente divertidas, creo yo.

—Lo que me gustaría saber es por qué fin ha hecho todas esas cosas —dijo la muchacha, resueltamente.

De repente, Dealer concibió una idea. Hizo señas a Jane de que continuase hablando y ella, comprendiéndole, contestó con un movimiento de cabeza. Mientras la muchacha proseguía el diálogo, Dealer se dirigió a la chimenea.

Arrodillándose, metió la cabeza y los hombros por la campana y miró hacia arriba. Como estaba oscuro, necesitó encender un fósforo.

Entonces halló el truco. Era muy sencillo.

Tratábase, simplemente, de un transmisor portátil, conectado a un amplificador, a fin de dar más potencia a la voz. La antena del receptor se perdía hacia arriba.

El micrófono, muy sensible, recogía perfectamente la voz de la muchacha y la propia chimenea lo facilitaba actuando de caja de resonancia. Dealer se abstuvo de tocar nada, a fin de no dar a entender que había descubierto el truco.

Jane continuaba hablando con la voz cuando regresó a su lado.

—Algún día conocerá mis motivos —dijo la voz—. No me acuse sin antes conocerlos. Usted se portó magníficamente conmigo durante mi enfermedad...

—Hay drogas que simulan perfectamente un ataque cardíaco —dijo Jane, en tono resuelto—. ¿Cuál de ellas empleó usted?

Sonó una fuerte carcajada.

—¡Es usted muy lista! Lo ha adivinado, ¿verdad?

—Sí, y ahora empiezo a sospechar que su muerte no fue sino algo fingido, algo muy bien hecho, que nos engañó a todos. ¿No estuvo hace

años en la India?

—Sí, es verdad —admitió la voz—. Allí es donde conseguí la droga que me dejó en estado cataléptico. La guardé durante años, sin darle demasiada importancia, hasta que un día decidí... que había llegado el momento de utilizarla.

—Bien, pero ¿qué es lo que pretende con su manera de actuar? Y, sobre todo, ¿por qué ha estado tanto tiempo inactivo?

—Ya lo sabrá usted en otro momento. Lo siento mucho, Jane, pero ha llegado el momento de terminar la conversación. Solo quiero decirle una cosa: a usted la aprecio mucho y no querría que la sucediese nada malo.

La voz se convirtió de pronto en un profundo suspiro.

—Jane, envidio mucho a ese gallardo joven que tiene a su lado —añadió, casi en el acto.

Ella se puso roja como una guinda.

—Es solo un buen amigo, *sir* Basil —contestó.

—Pronto será algo más, créame. La felicito sinceramente, Jane.

—¡*Sir* Basil! —dijo Dealer, de pronto.

—Hable, amigo mío —contestó la voz—. ¿En qué puedo servirle?

—Sus bromas han dado fin, creo yo...

—Se equivoca. No han acabado todavía. Falta la última, la más grande de todas. Pero aún es pronto.

—¿Dónde está ahora? ¿Nos está viendo?

—Por favor, señor Dealer, no sea indiscreto. He dicho que es hora ya de terminar la conversación. Adiós.

La voz dejó de hablar. Dealer insistió una y otra vez, hasta que se convenció de que no obtendría ninguna respuesta.

—Tendremos que volver a casa, Jane —dijo.

—Avisarás a la policía, supongo.

—Por supuesto. ¿Vamos?

Mientras cruzaban la casa para dirigirse a la puerta posterior, Dealer dijo:

—Ahora comprendo muchas de las trampas. Resultó sencillo hacerlas funcionar; sobre todo, las que intervenían aparatos electrónicos.

—¿Cómo, Toby? —quiso saber ella.

—Simplemente, señales de radio. Antes de hacerlas funcionar, pero después de haber instalado los receptores correspondientes, por supuesto, en los lugares donde había instalado una trampa. Así, por ejemplo, la del teléfono que sonaba y tenía los hilos cortados... en general, todas las que no eran de índole puramente mecánica. La piedra que lanzaba agua también estaba accionada eléctricamente, con mando por radio a distancia.

—Pero lo último que hizo ya no era una broma —se estremeció la muchacha.

—No, aunque imagino que la dinamita explotó por el mismo

procedimiento.

—Toby, la explosión se produjo cuando aquel pistolero dio la vuelta a la llave de contacto.

Dealer hizo un gesto negativo.

—No lo creo —respondió—. *Sir* Basil no tuvo tiempo de armar el mecanismo de explosión, conectándolo al contacto del motor de arranque. Dejar el paquete de explosivos, con el aparato de señales de radio que provocaría la explosión, ya fue cosa mucho más fácil y, sobre todo, lo más importante, que le costó solamente escasos segundos. El otro procedimiento le habría llevado más tiempo.

Jane se detuvo de pronto. Ya estaban afuera, en el patio posterior, junto al auto.

—Toby, eso quiere decir que *sir* Basil estaba por las inmediateces —exclamó.

—Muy probablemente —admitió él—. Y no solamente eso, sino que estuvo observando la casa todo el tiempo, con toda seguridad, a través de unos potentes prismáticos. Así pudo hacer explotar la dinamita, cuando los dos pandilleros estuvieron ya en el interior del coche. Incluso es posible que ahora nos esté mirando desde algún punto donde nosotros no le podemos ver a él.

—Sí, nos está mirando —musitó—. Vamos, Toby, empiezo a sentir... algo más que frío.

Dealer condujo a la muchacha hasta su asiento. Puso el motor en marcha y maniobró para salir de aquel lugar. Una vez en franquía, dijo:

—Jane, cuando, vayamos a la policía, déjame hablar a mí. Diremos que habíamos venido a darnos un paseo, cuando escuchamos unos disparos y luego una explosión. No tenemos por qué decir nada de tu carta, ¿comprendes?

—Sí, Toby, pero... ¿te has fijado que *sir* Basil la dirigió a tu casa, aunque a mi nombre?

—Lo encuentro perfectamente lógico. Ese hombre está interesado por ti de una forma u otra y es natural que sepa que ahora te alojas en mi casa. Eso no debe preocuparte, querida.

Ella se quedó pensativa unos momentos. Luego, dijo:

—Toby, ¿qué haremos después de haber hablado con la policía?

—Nos queda una visita, Jane.

—¿A quién?

—El conservador del cementerio, Don Samuels —contestó Dealer.

* * *

Don Samuels era un sujeto de unos cincuenta y tantos años de edad, de revuelta pelambrera y aspecto más bien desaseado. Fumaba en una apestosa pipa de saúco y espurreaba continuamente al hablar.

—¿Las llaves del panteón del inglés? Claro que las tengo yo —contestó a la pregunta de Dealer—. ¿Es que las quieren? Si es así, no tengo el menor inconveniente en dejárselas... aunque, claro, la obligación mía es de custodiar el cementerio y...

Samuels carraspeó significativamente. Estaba pidiendo una buena propina.

A Dealer no le interesaba conseguir las llaves, sino solamente comprobar que las guardaba el individuo.

—Pues no, no —contestó—; realmente, no queremos ver el panteón y menos aún a estas horas... Consultó su reloj—. Fíjese, las diez de la noche. Estas horas no son adecuadas para ir andando entre sepulturas.

—Los muertos no hacen daño a nadie —dijo Samuels, con una lluviosa risita—. ¿Era solo eso lo que tenían que preguntarme?

—La verdad es que me había olvidado de una cosa —dijo Dealer—. Usted asistió al entierro del inglés, creo.

—Hombre, cómo podría perdérmelo —contestó Samuels—. Sí, tuve que asistir. Y lo vi en su ataúd, muerto y bien muerto. Amigos míos, la experiencia me ha enseñado a conocer cuándo una persona está muerta y cuándo respira —se golpeó el pecho, como para apoyar sus palabras con el gesto, pero solo consiguió toser y espurrear más saliva, con gran repugnancia de Jane, que ladeó la cara instintivamente—. Yo mismo estoy respirando ahora como un vivo de los buenos... ¡Ji, ji, ji!

De todas formas, Dealer no quiso marcharse sin mostrar su gratitud al parlanchín conservador del cementerio y puso en su mano un billete de cinco dólares.

—Cómprese una buena botella cuando vaya a la ciudad —dijo.

—Gracias, amigo; me la beberé a la salud de los muertos —contestó Samuels.

Dealer y Jane abandonaron la pequeña casa donde vivía el pintoresco individuo, la cual estaba situada a unos doscientos metros de las primeras tumbas. La joven estaba muy pensativa.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él, cuando ya se disponía a dar el contacto.

—No sé, Toby —respondió ella—. No quisiera equivocarme, pero... me parece que ese hombre no es el conservador.

—¿Cómo? —respingó Dealer.

—Simplemente, que el Samuels a quién hemos visto no es el mismo Samuels a quién yo vi el día del entierro de *sir* Basil.

CAPÍTULO XII

Dealer reflexionó durante algunos minutos sobre las palabras que Jane acababa de pronunciar. Al fin, dijo:

—Me gustaría saber por qué crees que Samuels no es... el propio Samuels, Jane.

—Verás, yo solo lo he visto una sola vez y, naturalmente, puedo equivocarme, pero el Samuels a quién yo conocí no me pareció tan alto. Puede ser una apreciación errónea, insisto, pero creo que aquel era algo más bajo. Además, pronunció una frase que me ha parecido muy sospechosa.

—Dime, Jane —rogó Dealer.

—Toby, ¿hemos mencionado tú y yo algo de la supervivencia de *sir* Basil?

—Es cierto —contestó el joven—. No hemos dicho nada acerca de que está vivo.

—Pues Samuels dijo: «... le vi en su ataúd, muerto y bien muerto». Era como si tratase de confirmarnos algo que no le habíamos preguntado.

—Puede que tengas razón, pero, entonces, ¿por qué lo ha dicho?

—En primer lugar, Toby, ¿quién es el individuo que ocupa ahora el lugar de Samuels?

Dealer frunció el ceño.

—¡Rayos! —masculló—. ¿Será posible que...?

—Toby, empiezo a temer lo peor con respecto al pobre Samuels —dijo ella, rotundamente.

—¿Asesinado?

—No me extrañaría en absoluto.

—Y la clave de todo son doscientos cincuenta mil dólares que no aparecen por ninguna parte —murmuró Dealer, en tono reflexivo.

—Así es, Toby.

—Es decir, que el presunto Samuels quiso desviar nuestra atención, temeroso de que tal vez tú te dieras cuenta de que no es el auténtico. Asegurando que *sir* Basil estaba muerto, nos hacía ver que estuvo presente en el acto del entierro.

—Justamente es lo que pienso yo —confirmó la muchacha.

—Pero lo que no hemos aclarado aún bien del todo es por qué *sir* Basil, suponiendo que fingiera su muerte, haya tenido que esperar seis meses para empezar con todo este embrollo. Y, otra cosa, ¿por qué te han mezclado a ti?

—Ya te lo dije —contestó Jane—. Gargane y sus pandilleros pensaban

que yo podía saber algo, al hallarme casi constantemente junto a *sir* Basil en los últimos meses de vida. Greyeron que *sir* Basil me había confiado el escondite del dinero y...

—Sí, pero, ¿por qué no te lo preguntaron antes? ¿Es lógico que un tipo como Gargane, quien se considera defraudado propietario de un cuarto de millón, pueda dejar pasar medio año para intentar recuperarlo, cuando podía, tal vez, haberlo conseguido antes?

Jane suspiró.

—Toby, tú mismo has calificado antes este asunto: es un embrollo. ¿Podremos resolverlo?

—Creo que sí —contestó él, ceñudamente.

—¿Cuándo?

—Quizá esta misma noche, querida.

—¿Esta noche?

—En efecto. Si no tienes miedo a hacer una segunda excursión al panteón de *sir* Basil.

—Contigo, no, desde luego; pero ya sabemos que el ataúd está vacío...

—De acuerdo, Jane, pero es que hemos olvidado una cosa.

—Dime, Toby.

—Nos hemos olvidado del pobre Finkler y de su habilidad para determinadas operaciones mecánicas. ¿Se te ha ocurrido que tal vez el dinero pueda estar bajo el ataúd, en el túmulo de mármol?

Jane se quedó con la boca abierta. Dealer sonrió, satisfecho del efecto conseguido por sus palabras.

—Querida —dijo—, aunque estimo que tal vez tu estómago no esté en condiciones, te conviene tomar un bocado. Después de cenar nos iremos a dormir, claro que simuladamente. Luego, después de las doce de la noche, saldremos de casa por la puerta de la cocina, sin encender ninguna luz en todo momento. Esto es muy importante, no lo dejes de tener en cuenta.

—¿Por qué, Toby? —preguntó Jane.

—Por si acaso el espía nos está vigilando, como sucedió una noche no muy lejana —contestó Dealer, resueltamente.

* * *

Hacía un vientecillo fresco que había barrido parcialmente las nubes. A través de los rasgones, se veían brillar las estrellas en una noche todavía fría y desapacible.

Dealer y Jane se reunieron en la parte posterior de la casa.

—¿Has visto a alguien?

—No. De todas formas, si el intruso hubiera entrado en el jardín, «Stim» lo habría advertido inmediatamente.

—Ha podido vigilarnos desde más lejos.

—Ese es un riesgo que ha sido preciso correr. De todas formas, no creo

que haya esperado mucho más, después de haber visto que apagábamos todas las luces.

Dealer agarró acto seguido la bolsa de sus herramientas y se dirigió hacia la esquina próxima. Jane le siguió en el acto.

Antes de salir, Dealer exploró la parte delantera del jardín. El silencio era absoluto. La calle estaba desierta y solo se veían algunos automóviles estacionados junto a la acera.

Dealer había tenido la precaución de dejar fuera el suyo, en lugar de guardarlo en el garaje. Momentos después, estaban en el interior del vehículo.

El joven hizo arrancar el automóvil de inmediato. Jane observó, minutos más tarde, que seguían un camino distinto.

—Lo sé —contestó Dealer, cuando ella se lo hizo notar—, pero es que quiero llegar al cementerio por la parte opuesta.

De cuando en cuando, sin embargo, fijaba la vista en el retrovisor.

—Nadie nos sigue —dijo, más tarde, satisfecho.

—¿Sería *sir* Basil el espía? —sugirió ella.

—Muy probable. ¿Quién otro, si no?

Un cuarto de hora después, Dealer paró el coche al pie de la colina donde se hallaba el cementerio. Apagó las luces y salió fuera.

Recogió la bolsa de las herramientas y el bastón. Jane se subió el cuello de su chaquetón.

—Hace frío —se quejó.

La noche resultaba desapacible. Los cipreses se doblaban y el viento silbaba lastimeramente al pasar por entro sus ramas. Una lechuza emitió su característico no muy lejos de aquel lugar.

—Realmente —dijo él—, es una noche muy apropiada para los fantasmas.

Encendió la linterna, cubierta, como la vez anterior, con una gasa negra. Paso a paso, sorteando las sepulturas, se encaminaron hacia el panteón.

Minutos más tarde, se hallaban ante él. Dealer dejó la bolsa de las herramientas en el suelo, la abrió y sacó el manojo de ganzúas.

Ensayó una de ellas. De pronto, lanzó una exclamación.

—¿Qué sucede? —preguntó Jane, alarmada.

—La puerta —contestó él—. Está abierta.

—Te la dejarías tú la otra vez...

—No, la cerré. Estoy seguro, Jane —dijo Dealer, tajantemente.

Empujó la puerta. Una vez la hubo abierto, recogió la linterna de manos de la muchacha, quien la había sostenido mientras Dealer abría la bolsa de las herramientas.

Descendieron al fondo del panteón. Dealer quitó la gasa del foco de la linterna y su resplandor se hizo mucho más vivo.

—Aquí sí necesitaré las ganzúas —murmuró—. Sostén la linterna otra vez, Jane.

Momentos después, hurgaba en los cierres del féretro. Una vez hubo terminado, dejó las ganzúas a un lado y levantó la tapa.

Jane exhaló un terrible grito y retrocedió tambaleándose. Dealer creyó que soñaba.

¡El ataúd estaba ocupado! ¡Ahora había un muerto en su interior!

* * *

Durante unos momentos, solo se oyeron en el interior del panteón los silbidos del viento, que parecía acentuar su fuerza. Dealer se dio cuenta de repente que Jane parecía sentirse mal y corrió en su ayuda.

—Siéntate en los escalones —aconsejó.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Procuraré ser fuerte —dijo.

Dealer recobró la linterna una vez más. El muerto yacía con las manos cruzadas sobre el pecho. En el centro del mismo se divisaba una mancha de sangre de aspecto aproximadamente circular y de unos diez centímetros de diámetro.

—Tenías razón tú —dijo Dealer, al cabo de unos momentos—. El hombre que nos recibió esta noche no era Samuels.

Tocó la mejilla del cadáver. Estaba fría, pero poseía la suficiente experiencia para saber que el conservador del cementerio había muerto no más de cuatro horas antes.

—¿Por qué lo habrán matado? —preguntó Jane, empezando a recobrase de la sorpresa recibida.

Dealer se mordió los labios.

—Finkler hizo una cosa... mecánica, digamos en líneas generales, y murió, muy probablemente, para que no contara a nadie en qué consistía su obra. Este es Samuels, y opino que es casi seguro que sabía lo que hizo Finkler —Dealer hablaba lentamente, meditando cada una de sus palabras—. Aún más: sospecho que incluso ayudó a Finkler a montar... lo que fuera.

Evitando contemplar el cadáver, Jane, situada junto al túmulo, le preguntó:

—¿Qué puede ser lo que instaló Finkler, Toby? ¿Crees, además, que lo hizo en el cementerio?

—Tuvo que ser aquí, cualquier mecanismo que instalase —respondió el joven—. Pero su obra estuvo destinada a guardar el cuarto de millón de dólares.

—¿Una caja fuerte... aquí? —sugirió Jane.

Dealer la miró de frente.

—¿Y por qué no, Jane?

Ella hizo un amplio ademán con el brazo, señalando el ámbito desnudo del panteón.

—¿En dónde está esa caja fuerte, querido?

Dealer movió también la mano, pero lo hizo en otro sentido. Con los nudillos, realizando más bien un gesto demostrativo, golpeó con cierta fuerza una de las paredes de mármol del túmulo.

—Tal vez aquí... —y de repente se interrumpió, al notar el extraño sonido de su golpe—. ¡Eh! Suena a hueco —exclamó, unos instantes después.

Los dos jóvenes estaban medio vueltos de espaldas al túmulo. Durante unos segundos, ambos se miraron con los ojos muy abiertos.

—El dinero está aquí —afirmó Dealer, al cabo.

—¿Vas a destrozar la sepultura? —preguntó la muchacha.

Él se mordió los labios.

—Tal vez... retirando el ataúd... Pero me supongo que sería pedirte demasiado, Jane. No, tendré que hacerlo de otro modo.

Continuaba silbando el viento en el exterior, con tétricos aullidos, que ponían la carne de gallina. De pronto, Dealer agarró el asa lateral izquierda del ataúd, la más cercana a la cabecera.

—Lo apartaré un poco para ver qué...

Algo le interrumpió bruscamente. Se oyó un seco chasquido y el asa giró hacia abajo. Jane exhaló un grito de asombro.

De repente, falló el suelo del ataúd y el cadáver de Samuels desapareció en las profundidades del túmulo.

Dealer y Jane se quedaron petrificados.

—Rayos —dijo él, a media voz, todavía con la mano en el de metal del féretro.

Asomó la cabeza. Todo el fondo del ataúd había cedido por completo y a su través se divisaba un negro hueco cuya profundidad no podía adivinarse.

Dealer hizo un gesto con la mano.

—Trae la linterna, Jane.

Ella obedeció. Dealer enfocó el haz de rayos luminosos hacia el hueco y divisó a corta distancia al arranque de una escalera de buenas dimensiones, cuyos peldaños se perdían en las profundidades de un túnel de tramado impreciso en cuanto a longitud.

El cadáver de Samuels había rodado por la escalera, deteniéndose más abajo. Dealer trató de apartar el ataúd, para pasar por la abertura superior del túmulo.

—Es imposible —dijo—. El féretro está sujeto... y eso hace que, con el mismo mecanismo, funcionen la abertura de su fondo y de la parte alta del túmulo. Jane —preguntó, de repente—, ¿te atreverías a seguir hasta el fin?

Ella asintió resueltamente.

—Para eso estoy aquí, Toby —contestó.

CAPÍTULO XIII

Dealer colocó al muerto en una posición más decorosa. Tiempo habría más tarde de enterrarlo adecuadamente.

—Sigamos, Jane.

La linterna les alumbró la estructura de un túnel por el que podía moverse una persona con facilidad. La profundidad del mismo, dado que llegaba a las capas más sólidas del subsuelo, hacía innecesario su reforzamiento por medio del entibado de techo y paredes.

El trazado era ligeramente curvilíneo. Dealer contó los pasos, a fin de darse una ligera idea de la longitud total. Una vez se detuvo y procuró calcular la orientación.

Sonrió al decir:

—Me parece que ya sé a dónde da este túnel, Jane.

—¿Sí? —contestó ella, interesadamente.

—Dentro de poco lo verás, querida.

A los doscientos veinte pasos, tropezaron con una escalera de sentido ascendente. Dealer subió por los peldaños hasta encontrar una trampa de madera. Empujó hacia arriba, pero no consiguió levantarla.

—Está cerrada por la parte de afuera —adivinó—. Espera aquí un momento, Jane; regresaré enseguida.

La muchacha permaneció en las tinieblas, mientras él se alejaba con la mayor rapidez posible. Los minutos se le hicieron interminables, hasta que percibió en el fondo del túnel una chispita de luz, que fue aumentando de tamaño hasta convertirse de nuevo en la linterna de Dealer.

—¿Has pasado miedo? —preguntó el, sonriendo.

—Un poco, a decir verdad —contestó ella.

Dealer traía en la mano la bolsa de las herramientas.

Sacó un berbiquí y empezó a perforar la trampa. Jane le iluminaba con la lámpara.

Dealer conocía por experiencia el lugar donde podía hallarse el cerrojo. Después de haber hecho un par de agujeros, sacó una delgada sierra y empezó a trabajar.

Quince minutos después, había practicado un agujero semicircular de treinta centímetros de diámetro. Empujó con una mano y la trampa cedió fácilmente.

—El paso está libre —anunció, satisfecho.

Salió del túnel y, desde arriba, ayudó a la muchacha a realizar la misma operación. Luego, con la linterna, buscó hasta dar con un interruptor de la luz.

—Si no me equivoco mucho, esta es la cocina de la casa del conservador —dijo—. Vamos a comprobarlo.

Pasaron a la habitación contigua.

La suposición de Dealer quedó confirmada. Allí era donde, horas antes, habían hablado con el hombre que afirmaba ser Samuels.

—¿Dónde estará ahora? —musitó Jane.

—¿Me buscaban a mí?

Jane dejó escapar un grito de susto al oír la voz que había sonado a sus espaldas. Dealer se volvió lentamente.

Samuels estaba frente a ellos, sonriendo con expresión irónica. Vestía una bata sobre sus ropas de dormir y cierto brillo en sus ojos indicó a Dealer claramente que aquel hombre no era el auténtico conservador del cementerio.

—Buscamos a *sir* Basil Madden —contestó el joven, con voz firme.

—Y me parece que lo hemos encontrado —añadió Jane.

—Tal vez, si se quitase la caracterización... —sugirió Dealer.

—¿Es que no les agrada? —preguntó *sir* Basil.

—Es que está desempeñando un papel que no le corresponde.

Sir Basil se enderezó con gesto orgulloso.

—No, no me corresponde, pero algo tenía que hacer, si quería seguir viviendo.

—Como, por ejemplo, asesinar a Don Samuels, el conservador del cementerio.

Sir Basil meneó la cabeza lentamente.

—Se equivoca usted, mi querido amigo. Yo no asesiné a Samuels. Ni tampoco a Finkler.

—¿Entonces...?

—Ya me imagino quién fue —contestó el muerto resucitado—. Por eso le he citado aquí.

—¡Su nombre! —exigió la muchacha.

Sir Basil sonrió.

—Un poco de paciencia. No sea vehemente, por favor —contestó.

—Ahora ya sé por qué tardó usted seis meses en empezar a gastar sus bromas —dijo Dealer.

—¿De veras?

—Sí. Es el tiempo que han necesitado para construir el túnel que conduce desde el panteón a esta casa.

—Es usted muy perspicaz, amigo mío —sonrió *sir* Basil—. Sí, al pobre Samuels y a mi nos costó bastante trabajo. Pero lo conseguimos, ¿no?

Dealer se volvió hacia la joven.

—Jane, el panteón, ¿estaba construido ya antes de la muerte de *sir* Basil?

—Sí —respondió ella, rotundamente.

—Eso explica las conferencias que sostenía usted con Finkler semanas antes de su muerte. Trataban de la mejor forma de instalar los mecanismos secretos que movieran el fondo del ataúd y, al mismo tiempo, la cara superior del túmulo.

—Justamente —admitió *sir* Basil, con naturalidad—. Es preciso reconocer que el pobre Finkler era un artista en su género. Y una vez estuvo todo preparado... preparé mi muerte.

—Con la droga que le sumió en un estado cataléptico.

—En efecto. Creo que fue una ceremonia conmovedora la de mi entierro, ¿no es cierto? —dijo *sir* Basil, mirando a la muchacha.

Jane enrojeció.

—No me lo recuerde —contestó, enojada.

Sir Basil sonrió.

—Siento mucho lo ocurrido —manifestó—, aunque no tenía otro remedio que hacerlo.

—¿Por qué? —quiso saber Dealer.

—Para evitar que me matasen de veras Yo no he padecido nunca del corazón —declaró el hombre, sorprendentemente—. Lo que sucede es que simulé algunos ataques... Antes me informé bien de los síntomas y un buen día me morí.

—Lo cual significa que Gargane quería matarle.

—Sí.

—A causa del cuarto de millón.

Sir Basil sonrió de una manera extraña.

—Eso es lo que él se creía —respondió.

—No entiendo... —dijo Dealer, pero *sir* Basil le interrumpió antes de que pudieran seguir hablando.

—Un momento, por favor —dijo—. Creo que viene mi visitante.

Sir Basil se dirigió hacia la puerta y la abrió. Un hombre se disponía a llamar en aquel momento y detuvo el gesto, quedando unos instantes en posición un tanto ridícula.

—Pasa, pasa, mi querido Wilkes —dijo el inglés, sarcásticamente—. Ven y trataremos del reparto... de un cuarto de millón que no existe en absoluto.

Thomas Wilkes, el abogado, contempló con expresión ceñuda el panorama que se ofrecía ante sus ojos. Dealer y Jane le contemplaban con no menor expectación.

Sir Basil extendió una mano y anunció:

—Toby, Jane, les presento al tercer socio de la pandilla. Thomas Wilkes, abogado, truhan, estafador... y asesino.

* * *

Wilkes dio un par de pasos en el interior de la casa. *Sir* Basil empujó la

puerta y la cerró de golpe.

Durante unos momentos, reinó un silencio absoluto en la estancia. Solo se escuchaban los silbidos del viento.

—Has venido a buscar los doscientos cincuenta mil dólares, ¿verdad? —preguntó *sir* Basil.

—¿Podrías esperar que hiciera otra cosa? —contestó Wilkes, hoscamente.

—No, pero no era necesario tampoco que asesinaras a Finkler ni a Samuels —se volvió hacia la pareja—. Cuando me encontré el cadáver del pobre Don, me llevé un gran disgusto. Había sido un leal colaborador y un buen amigo. Este canalla lo asesinó alevosamente, cuando Samuels se negó a darle los informes que quería obtener.

—Y usted llevó el cadáver al ataúd —dijo Dealer.

—Sí. Una vez muerto, estimé que era el lugar que le correspondía. Nadie lo encontraría allí... salvo una pareja de jóvenes curiosos que han dado, además, con el secreto que este tonto no supo hallar.

Wilkes estaba mudo de rabia. Dealer adivinó que el abogado podía estallar en el momento menos esperado.

—De modo que los tres eran socios: usted, Gargane y Wilkes —dijo Dealer.

—Sí —confesó el inglés.

—¿En el negocio de *The Bomb*?

—Y en otros muchos —admitió *sir* Basil, sonriendo.

—Usted era el hombre que nos espiaba cuando yo estaba en casa de Toby —dijo la muchacha.

—No —contestó *sir* Basil—. Sabía que estaba allí, pero nunca lo hice.

Dealer volvió los ojos hacia el abogado.

—Fuiste tú —acusó.

Las mejillas de Wilkes se pusieron encarnadas, pero no dijo nada.

—¿Por qué asesinaste a Finkler? —preguntó Dealer, en vista del silencio de su antiguo amigo.

—Yo contestaré a esa pregunta —intervino *sir* Basil de nuevo—. Finkler me era absolutamente leal y no querría contarle el secreto del panteón, que Wilkes, al igual que Gargane, estimaba se refería a una caja fuerte secreta. Despechado, Wilkes lo asesinó. Luego, sabiendo, o por lo menos sospechando, que yo podría estar con vida, ya que Gargane le había contado mis bromas, vino a verle y... bueno, hizo lo mismo con Samuels. Tom, el ansia de dinero te había cegado; confíésalo.

La cara del abogado era todo un poema.

—Entonces, ¿dónde guardaste el dinero? —rugió, lívido de ira.

Sir Basil se echó a reír.

—Está en lugar seguro, muy lejos del país, donde tú no podrás encontrarlo jamás —contestó.

—¿Un banco suizo? —sugirió Dealer.

—No. Tengo un hermano en Inglaterra, y ese es de fiar —contestó *sir* Basil. Miró a Wilkes desdeñosamente—. Tú y Gargane, ¿cómo fuisteis tan tontos como para creer que iba a guardar el dinero al alcance de vuestras garras?

—Entonces, nos has estado engañando todo el tiempo —dijo Wilkes.

—¿Puedes dudarlo —respondió el inglés, sin dejar de sonreír.

La mano de Wilkes se movió súbitamente y una pistola brilló bajo la lámpara que pendía del tacho.

—Ahora lo sé todo —dijo—. Tú lo que querías era quedarte como único jefe. Por eso planeaste tu muerte y... Bueno, Basil Madden, esta vez no te escaparás de ella.

—¡Espera un momento, Tom! —gritó el inglés, desesperadamente—. Todavía tenemos tiempo de...

—¡Al infierno! —rugió Wilkes—. ¿No querías morir, pues te complaceré.

Sir Basil intentó huir. Dos balas le alcanzaron en el centro de la espalda, proyectándole de cara contra la pared más cercana. Fríamente, Wilkes lo remató, saltándole la tapa de los sesos de un tercer balazo.

Entonces. Dealer levantó su bastón.

—Estoy seguro de que no querrás testigos de lo que has hecho, ¿verdad, Tom?

Una corta llamarada brotó de la contera del bastón. Se oyó un fuerte estampido y Wilkes lanzó un grito de dolor, a la vez que soltaba el arma. Con las facciones contraídas se agarró la mano herida con la otra sana.

Dealer movió la cabeza.

—Una vez dije que este bastón era una especie de carabina y no me creyeron. Si te lo contaron, Tom, ahora has tenido tiempo de saber la verdad.

Se inclinó y recogió el arma. Jane estremecida de horror, se había vuelto de espaldas y se tapaba la cara con ambas manos.

—Lo siento por ti, Tom —dijo Dealer, severamente—. Quizá resulte difícil probar tu intervención en los asesinatos de Finkler y Samuels, pero los dos te hemos visto asesinar a *sir* Basil. ¿Comprendes lo que esto significa para ti?

El abogado abrió la boca varias veces. Quería hablar, pero las palabras no le salían de la garganta.

Con los ojos de la mente, leyó su negro porvenir, situado al final de un pasillo, cuya última puerta daba al cuarto donde se hallaba instalada la silla eléctrica.

Olvidando su dolor, se echó a llorar amargamente.

Jane estaba sentada en el suelo, con la mano apoyada en el lomo de «Stim», cuya cabeza reposaba sobre sus piernas. Las llamas bailaban alegremente en la chimenea.

Dealer entró y sacudió las gotas de lluvia que esmaltaban su impermeable. Miró a la muchacha y sonrió.

—Todo arreglado —dijo—. Nos quedan todavía algunos trámites... y tendremos que declarar en el juicio, pero eso será todo.

Jane asintió. Dealer se quitó el impermeable y se sentó en el suelo, a su lado.

Durante un momento, ambos guardaron silencio. Luego, Dealer dijo:

—En el fondo, no fue sino una lucha por el poder... por la jefatura de la banda. Ello, aparte de prestigio, hubiera proporcionado al triunfador unos saneados ingresos.

El joven hizo una corta pausa.

—Lo que sucede es que *sir* Basil se pasó de rosca en sus bromas. Su espíritu de bromista impenitente fue, al fin, lo que le perdió.

—Sí, pero, ¿por qué me avisaba a mí? —quiso saber Jane.

—Era un hombre que necesitaba tener espectadores de sus hazañas. Un tipo exhibicionista y amante de la publicidad, hasta cierto punto.

—Comprendo. ¿Sospechaste alguna vez de Wilkes?

—Digamos recelar más bien, es la palabra adecuada, a mi entender. Wilkes había sido siempre un tipo bastante morigerado. ¿Por qué, de repente, le daba por asistir a un lugar tan frívolo como *The Bomb*? Además, Beryl Hendrix lo ha confesado. Wilkes la visitaba por las noches, a horas en que su reputación no pudiera salir mal parada.

Los ojos de Jane centellearon.

—Tú también la visitaste en alguna ocasión —dijo.

—Motivos profesionales, querida —contestó él, virtuosamente.

—Admitiré tu respuesta... porque esas visitas se produjeron antes de que me pidieras en matrimonio. Pero si vuelves a verla...

—¡Jane! —respingó él—. ¡Yo no te he dicho que te casaras conmigo!

—Ah, de modo que no me lo vas a pedir. ¿Voy a quedarme plantada?

Dealer la miró y sonrió.

—Bueno, si tanto te empeñas...

—¿Te resignas?

—Querida —dijo él, abrazándola estrechamente—, no voy a casarme contigo por resignación, sino por un motivo más profundo. ¿Sabes cuál es?

—Demuéstramelo —pidió Jane, simplemente, ofreciéndole los labios.

Tiempo después, Dealer suspiró y dijo:

—En fin, *sir* Basil está definitivamente en su panteón. Puede decirse de él que fue un muerto de ida y vuelta. ¿No te parece?

Apoyada en su pecho, con voz soñadora. Jane contestó:

—Querido, deja a *sir* Basil que descansa en paz en su tumba.

Ocupémonos ahora de los detalles de nuestra boda.

—Las mujeres, siempre tan prosaicas —gruñó él.

Pero se sentía contentó y empezó a discutir con la muchacha los detalles de la boda.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España